

FRANCO

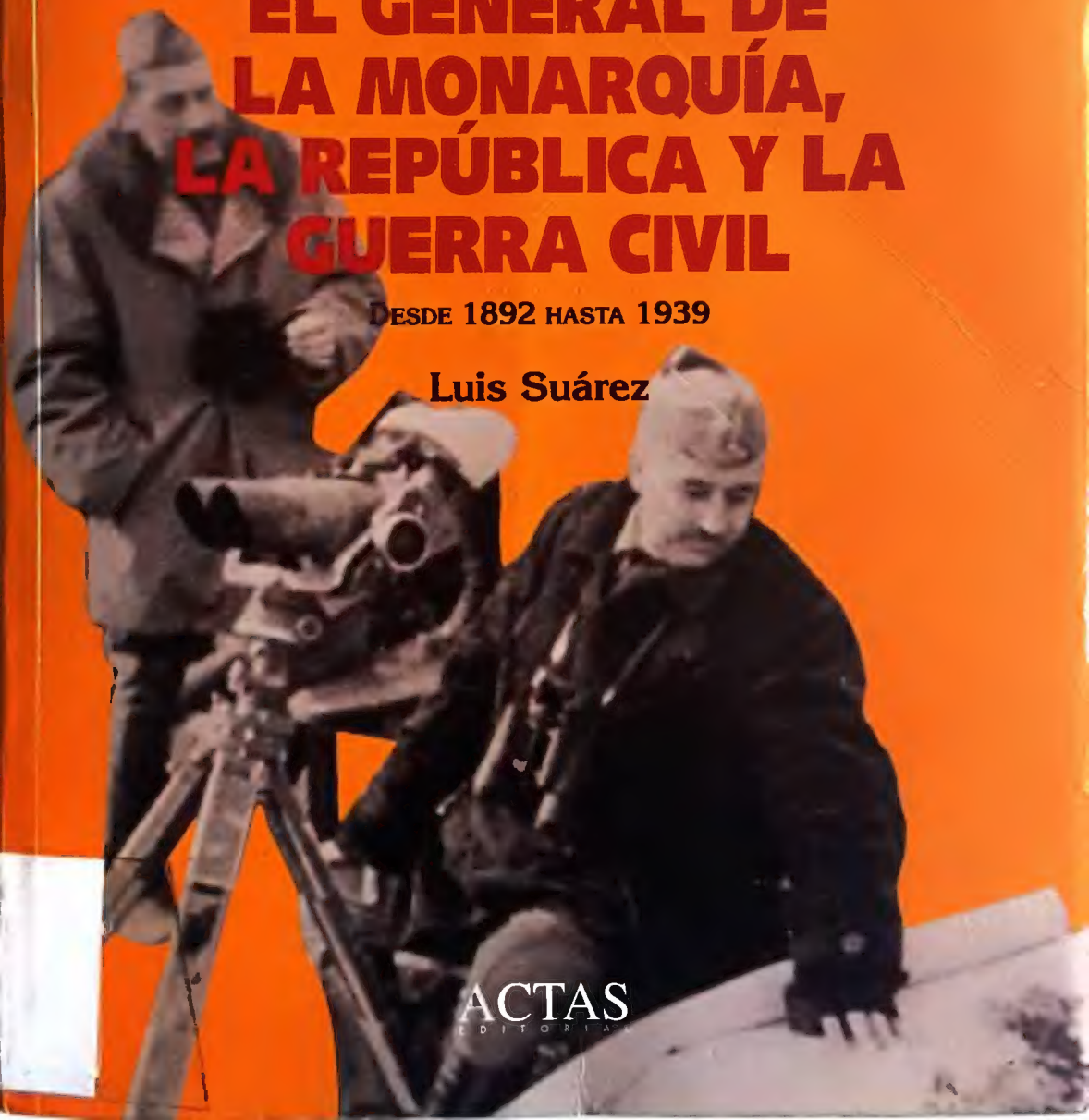
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez

ACTAS
EDITORIAL





**Luis Suárez
Fernández,**
nacido en
Gijón en
1924 es, en
la actuali-
dad, profe-
sor emérito
en la Uni-
versidad
Autónoma
de Madrid,

miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939)*.
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945)*.
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953)*.
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961)*.
5. Resistencia a la subversión *(de 1961 a 1967)*.
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975)*.

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

**FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO**

**EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA
Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939**

ÍNDICE

	<u>Página</u>
Nota previa	13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo	15

PRIMERA PARTE FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino	49
I. El linaje de Franco	49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX	54
III. Divisiones ideológicas	59
IV. 1898	63
V. La aparición de los separatismos	68
Capítulo 2. La llamada de África	74
I. Origen de la cuestión marroquí	74
II. La Academia de Infantería	77
III. La Semana Trágica de Barcelona	78
IV. El segundo teniente	83
V. Marruecos, al fin	85
VI. El teniente de Regulares	88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de <i>El Biutz</i>	91
Capítulo 3. 1917	95
I. Oviedo	95
II. Trasfondos doctrinales	98
III. Los mecanismos de la revuelta	101
IV. El comandante Franco y la revolución	108
Capítulo 4. Diario de una bandera	112
I. La primera idea de la Legión	112
II. Dar Riffien	117
III. De Uad Lau a Xauen	121
IV. Annual	125
V. Dar Drius	127
Capítulo 5. El camino de Alhucemas	131
I. El fin de la Restauración	131
II. Franco, al frente de la Legión	135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera	140

IV.	La hora sombría de Xauen	143
V.	Alhucemas	147
Capítulo 6.	La Academia General de Zaragoza	154
I.	El general más joven de Europa	154
II.	El nombramiento de director de la Academia	158
III.	El fin de la Dictadura	163
IV.	El «error Berenguer»	167
Capítulo 7.	1931	173
I.	Franco y el 14 de abril	173
II.	Antimilitarismo	178
III.	Anticlericalismo	182
IV.	Cierre de la Academia General	188
Capítulo 8.	El día en que España dejó de ser católica	191
I.	La declaración ante el comité del Congreso	191
II.	La Constitución de 1931	195
III.	Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo	202
IV.	La Comandancia General de Baleares	208
Capítulo 9.	Franco se alinea en el anticomunismo	213
I.	El joven orador del teatro de La Comedia	213
II.	La doctrina falangista	218
III.	Victoria electoral de la CEDA	222
IV.	Ascenso a general de División	227
Capítulo 10.	Franco y la Revolución de Octubre	233
I.	Los preparativos del Golpe Socialista	233
II.	La toma de decisión	236
III.	Franco en el Ministerio de la Guerra	240
IV.	Las consecuencias	245
Capítulo 11.	Reorganizar el Ejército	249
I.	La evolución falangista	249
II.	Franco, jefe del Ejército de África	252
III.	Franco, al frente del Estado Mayor	255
IV.	El fin de Lerroux	261
Capítulo 12.	La tentación resistida	265
I.	Diciembre, 1935	265
II.	Las opciones preelectorales	268
III.	El resultado de la votación	273
IV.	Cinco días de febrero	276

SEGUNDA PARTE

GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento	285
I. El fin de Alcalá Zamora	285
II. La candidatura por Cuenca	290
III. Los antecedentes de la conspiración	294
Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón	301
I. La carta a Casares Quiroga	301
II. Los argumentos jurídicos encontrados	307
III. Galicia saluda a Francia	313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general	315
Capítulo 15. Internacionalización del conflicto	320
I. Cuatro días de julio	320
II. Equilibrio de fuerzas	327
III. La búsqueda de mercados	330
IV. El «pecado original» de Franco	335
V. La posición ideológica inicial de Franco	339
Capítulo 16. Cruzar el Estrecho	343
I. La firme decisión	343
II. Por aire y por mar	345
III. Los barcos que la cruzaron	349
IV. De Sevilla a Talavera	352
Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado	361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento	361
II. La caída de Talavera produce cambios	366
III. Hora de decisiones	371
IV. El Decreto	375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo	380
Capítulo 18. Los cambios políticos internos	385
I. El ascenso de los totalitarios	385
II. Salamanca, Cuartel General	388
III. Salvar a José Antonio	392
IV. La difícil cuestión vasca	399
V. Don Miguel de Unamuno	403
Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida	408
I. El proyecto de No Intervención	408
II. La marcha sobre Madrid	412
III. El asalto a Madrid	417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia	423
I. La idea de enviar «voluntarios»	423
II. La muerte de José Antonio	426
III. El acuerdo hispano-italiano	429
IV. Batallas en torno a Madrid	432
V. Las gestiones del doctor Junod	437
Capítulo 21. Del altar y del trono	441
I. La actitud inicial del Vaticano	441
II. Las primeras gestiones de Gomá	445
III. Masonería	448
IV. Perspectivas de restauración	450
V. De nuevo el Comité de No Intervención	454
Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia	456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire	456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso	458
III. De nuevo la No Intervención	462
Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política	466
I. Rumores salmantinos	466
II. <i>Mit brennender Sorge</i>	470
III. El Decreto comienza a gestarse	474
IV. Tres noches de abril	477
V. Prisión de Manuel Hedilla	482
VI. Proceso y sentencia	485
Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica	491
I. Los voluntarios vasco-navarros	491
II. La Cuaresma de España	495
III. La ruptura del frente de Vizcaya	500
IV. El bombardeo de Guernica	503
V. Las concesiones de Franco	506
VI. Gomá y Pizzardo	510
Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio	513
I. Los obispos deben pronunciarse	513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola	515
III. Incidentes internacionales	519
IV. Al fin, Bilbao	522
V. El Vaticano reconoce a Franco	526
Capítulo 26. La decisión de Brunete	534
I. Eliminación del POUM	534
II. <i>Animal Farm</i>	536
III. ¿Victoria o derrota?	539

IV. La consecuencia: Santander	542
V. Belchite	545
VI. El final del frente Norte	547
Capítulo 27. Construir el Movimiento	550
I. Eliminación de la democracia inorgánica	550
II. El anuncio de la Monarquía	553
III. Los Estatutos del Movimiento	557
IV. Las dificultades internas	561
Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich	566
I. ¿Beligerancia?	566
II. La conferencia de Nyon	569
III. Alemania presenta sus demandas	572
IV. El proyecto Montana	575
Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma	580
I. Consejo Nacional del Movimiento	580
II. Vicente Rojo conquista Teruel	585
III. En las horas bajas	589
IV. La ruptura con la Hisma	591
Capítulo 30. Institucionalizar la Dictadura	594
I. El Consejo de Ministros	594
II. Las primeras acciones del Consejo	597
III. El crecimiento de Serrano Suñer	601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano	605
V. El fracaso de Manuel Irujo	609
Capítulo 31. Mare Nostrum	613
I. La decisión de febrero	613
II. El Fuero del Trabajo	616
III. Primeros pasos hacia una guerra general	620
IV. La batalla de Aragón	622
Capítulo 32. Final del Proyecto Montana	627
I. Las decisiones de Negrín	627
II. Dirigismo estatal deliberado	630
III. De nuevo el freno en los avances	634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana	637
V. La ley de Minas	643
Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich	646
I. Los planteamientos militares	646
II. El estancamiento	650
III. La crisis sudete	653
IV. La victoria en el Ebro	658

Capítulo 34. Barcelona	662
I. Secuelas diplomáticas de Munich	662
II. Los últimos esfuerzos de paz	666
III. El avance hasta Barcelona	669
IV. El final del Régimen Republicano	675
Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid	678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern	678
II. Proyectos para una capitulación	681
III. Los cuatro días de marzo	688
IV. La liquidación de la guerra	690
Notas	
Notas al Capítulo 1	694
Notas al Capítulo 2	697
Notas al Capítulo 3	701
Notas al Capítulo 4	703
Notas al Capítulo 5	705
Notas al Capítulo 6	708
Notas al Capítulo 7	709
Notas al Capítulo 8	713
Notas al Capítulo 9	716
Notas al Capítulo 10	719
Notas al Capítulo 11	721
Notas al Capítulo 12	723
Notas al Capítulo 13	725
Notas al Capítulo 14	729
Notas al Capítulo 15	732
Notas al Capítulo 16	736
Notas al Capítulo 17	739
Notas al Capítulo 18	743
Notas al Capítulo 19	747
Notas al Capítulo 20	749
Notas al Capítulo 21	751
Notas al Capítulo 22	753
Notas al Capítulo 23	755
Notas al Capítulo 24	760
Notas al Capítulo 25	764
Notas al Capítulo 26	768
Notas al Capítulo 27	769
Notas al Capítulo 28	771
Notas al Capítulo 29	773
Notas al Capítulo 30	775
Notas al Capítulo 31	779
Notas al Capítulo 32	781
Notas al Capítulo 33	783
Notas al Capítulo 34	785
Notas al Capítulo 35	787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial —la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno— cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo —en general contra el marxismo— y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

SEGUNDA PARTE

GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO

CAPÍTULO 24

LAS CLAVES DE UNA POLÉMICA:
EL VATICANO, LOS VASCOS, GUERNICA.

I. LOS VOLUNTARIOS VASCO-NAVARROS.

1. Se ha discutido mucho, y probablemente se seguirá discutiendo la parte que debe atribuirse a Franco en la decisión de cambiar el sentido de la lucha y emprender la conquista de toda la zona norte renunciando, después de Guadalajara, a la batalla por Madrid. No cabe duda de que Mola y Juan Vigón tuvieron parte muy principal en esta decisión y en la ejecución de las operaciones. Cuando, el 22 de marzo de 1937, se tomó en Salamanca el acuerdo de pasar a la acción, el mando directo de la ofensiva fue confiado a Solchaga, el defensor de Villarreal de Álava, recientemente ascendido a general. La razón era que se pretendía dar a la primera fase de la batalla, conquista de Vizcaya, un cierto tono de liberación y de cruzada religiosa. Las cuatro Brigadas de Navarra, a las órdenes de García Valiño, Cayuela, La Torre y Alonso Vega, todos coroneles a punto de ascenso sobre la marcha, estaban formadas en su inmensa mayoría por carlistas, vascos en igual número que navarros, y podían presentarse sobre el terreno como unos nuevos «cruzados de la Causa» que iban a rescatar a sus hermanos del error a que les conducía el haberse aliado con el verdadero enemigo, los «rojos». En las Brigadas se rezaba todas las tardes el rosario y no faltaba quien recomendase al final un Padre Nuestro también por los que estaban enfrente, aunque alguien a veces sazonara también con un sonoro «taco» dicha mención.

Había una correspondencia muy clara entre esta actitud y la que José Antonio Aguirre estaba observando. No aceptaba que el suyo fuera una parte del Ejército del Norte mandado por Llano de la Encomienda: los «gudaris» eran para él la primera formación de un Ejército vasco; pasaba por encima del hecho de que algunos batallones, dotados del mejor espíritu combativo, como el «Meabe», eran comunistas. En los pasillos vaticanos la cuestión vasca era la que más dificultades causaba a los partidarios de Franco, pues los simpatizantes del nacionalismo abundaban y eran muy escuchados. Para las democracias europeas la presencia de católicos vascos en las filas de la República constituían una clara demostración de cómo la guerra tenía

carácter político o económico-social. Franco necesitaba convertir, más que nunca, su conquista de un determinado territorio, como si se tratara de una plena restauración del catolicismo. Había que demostrar que más vascos y más católicos eran quienes le apoyaban que quienes con él se enfrentaban.

En una instrucción reservada muy anterior (26 de enero de 1937), cuando la ofensiva sobre Vizcaya era apenas un proyecto que empezaba a tomarse en consideración, Franco señalaba a Mola los tres ejes de penetración: desde San Sebastián por la línea de Vergara a Durango, desde Vitoria por Villarreal para alcanzar el puerto de Barázar, y desde Burgos por la vía del puerto de Orduña. En todos los casos se trataba de confluir sobre Bilbao y no se descartaba la posibilidad —siempre el recuerdo de las guerras carlistas— de tener que establecer un nuevo cerco de esta ciudad. Este plan fue abandonado luego porque la escasez de fuerzas obligaba a concentrar los recursos en un punto que permitiese aprovechar mejor el ímpetu hacia la ruptura. Por eso mismo tuvo que enviar a la Legión Cóndor al Norte a fin de proporcionar a los suyos mejor cobertura aérea, aun a trueque de forzar a sus pilotos a actuar a las órdenes de oficiales alemanes.¹

2. Sobre el papel, la superioridad estaba del lado de los republicanos: disponían ya de 619 batallones, de los que 159 estaban en el frente norte. Había además 30 batallones de las Brigadas Internacionales. Franco disponía de 525 batallones y de 40 de Flechas Negras, aunque en éstos el número de españoles superaba ya al de italianos. En artillería, blindados y aviación había también superioridad, y muy considerable, en favor del Gobierno de Valencia. Curiosamente, en cambio, los «nacionales», que empezaron la lucha con una falta casi total de marina, habían alcanzado un cierto grado de superioridad y estaban ejerciendo bloqueo de las costas más vitales para el enemigo. En el caso concreto de Vizcaya, Aguirre disponía de 4 Divisiones y 16 Brigadas mixtas, con 74 piezas de artillería y un regimiento de carros, en total 63 batallones para enfrentarse a los 32 de las Brigadas Navarras, a los que se sumaron los cuatro de los italianos. No hay duda de que la Legión Cóndor, con sus 132 aviones homogéneos, fue la baza más importante con que Mola y Solchaga pudieron contar.

Vascos frente a vascos. Pocos días antes de que la ofensiva se desencadenara, consiguió llegar a la zona nacional el ingeniero Antonio Goicoechea, autor de los proyectos que se ejecutaban para rodear Bilbao de un «cinturón de hierro». De este modo pudo Mola conocer desde el primer momento cuáles eran los puntos débiles en aquella famosa obra que revelaba uno de los defectos con que se enfrentaba la defensa: su poca confianza en el futuro. Los menos iban a lanzarse a la ofensiva con entusiasmo y valor sorprendentes;² los más confiaban únicamente en detenerlos. Lo mismo sucedía en la marcha general de las operaciones. Franco renunció a la batalla en Madrid, exigiendo, sin embargo, de sus subalternos no ceder ni un metro de terreno de lo ya conquistado —si algo se pierde se recobra—, pero ni Miaja ni Rojo estuvieron en condiciones de hacer lo mismo. La réplica adecuada a la ofensiva en Vizcaya pudo haber sido una marcha sobre Zaragoza, mal defendida: se mantuvieron dentro de su plan de ruptura del cerco de la capital, lo que no consiguieron, y de este modo convirtieron su victoria de 1936 en una derrota en 1937; Madrid ya no era sede del Gobierno ni de ninguna otra institución, tan sólo una especie de cepo militar en que se hallaban atrapadas las mejores unidades de la República.³

El bloqueo de los puertos de Vizcaya constituía una de las condiciones esenciales para el logro de la victoria. La decisión tomada por el Gobierno de Valencia, de dar prioridad a las líneas de comunicación mediterránea, de las que dependían los vitales suministros soviéticos, favoreció los planes de Franco. Hizo éste un intento cerca del Duce para que se incrementaran los envíos de material para la marina de guerra, pues la superioridad temporalmente lograda podía perderse si no conseguía mantener un ritmo de crecimiento en sus buques; los astilleros trabajaban cuanto podían. Pero el teniente coronel Villegas, encargado de la gestión, encontró muchas dificultades en los interlocutores italianos, muy convencidos al parecer de que Franco no podía ganar la guerra. Se trataba de una venta a crédito que no se sabía si iba a ser satisfactoria y de un material que podía ser imprescindible en la defensa nacional. Franco se decidió a enviar a Roma a su hermano Nicolás y éste logró la intervención personal de Mussolini en favor de la demanda.⁴

3. Los suministros rusos seguían llegando, sin mayores dificultades, a los puertos dominados por los republicanos, pero era imposible para ellos alcanzar los del mar Cantábrico. Por otra parte, si se pretendía reforzar la aviación, como parecía necesario, dado el escaso radio de acción que todavía tenían los aparatos, se precisaba la colaboración de Francia, que ésta no podía otorgar sin poner en peligro la vida del Comité, o utilizar la vía marítima, en donde podían viajar, desmontados, dentro de la carga general. Desde Gran Bretaña, Estados Unidos y México se estaba suministrando a las tres regiones de la zona norte. En febrero de 1937 se supo que un importante cargamento de material de guerra norteamericano y mexicano estaba en marcha a bordo del «Mar Cantábrico»: se dio orden al crucero Canarias, recientemente reparado de las averías que le causara el choque con un mercante griego en aguas del Estrecho, que lo interceptara.

En aquellos momentos los intereses británicos en Vizcaya estaban muy por encima de sus propósitos de neutralidad: no sólo porque la ría de Bilbao le proporcionaba 60.000 toneladas de mineral de hierro cada año sino porque eran muy abundantes las inversiones en aquella zona. De modo que el suministro a Vizcaya fue varias veces considerado como una cuestión prioritaria. Cuando el Canarias montaba la guardia a la espera del «Mar Cantábrico», descubrió un barco inglés, York Brook, al que ordenó virar para dirigirse al puerto de Pasajes; estaban ambos en marcha cuando aparecieron cuatro barcos del Gobierno vasco, el Galdamers y sus escoltas, los bacaladeros armados, «Bizcaya», «Guipuzkua», «Nabara» y el patrullero «Donostia». Con gran valor estos cinco barcos atacaron al Canarias, el más moderno y mejor artillado de todos los buques españoles de la época: el York Brook pudo entonces escapar, pero para los improvisados buques de guerra todo acabó en desastre; el «Galdames» fue capturado, el «Nabara» se hundió, el «Guipuzkua» tuvo que escapar con graves averías y los otros dos barcos regresaron a puerto. En el barco capturado figuraba un diputado catalanista, Manuel Carrasco Formiguera, que se declaraba católico y viajaba en misión diplomática de Gobierno a Gobierno. Fue condenado a muerte y, a pesar de las gestiones vaticanas a través del cardenal Gomá, ejecutado el 9 de abril de 1938.⁵

El 8 de marzo el «Canarias» cumplía la misión encomendada de capturar al «Mar Cantábrico» con toda su carga. Las dos acciones realizadas convencieron al mando

nacional de que estaba en condiciones de establecer un mecanismo de intercepción. El «Canarias» fue devuelto al Mediterráneo, pero en su lugar se colocaron el «Almirante Cervera», destructor «Velasco», los cruceros auxiliares «Ciudad de Valencia» y «Ciudad de Palma» y otros bous, es decir, pesqueros de porte con armamento improvisado. Entonces se produjo la más peligrosa de las intervenciones británicas, Como Hugh Thomas ha señalado,⁶ el comercio del Reino Unido con España, aunque hubiera sufrido importantes recortes en el capítulo de las exportaciones, por falta de disponibilidades de los clientes, seguía siendo muy intenso; las importaciones desde la Península incluso aumentaron. Por todo ello la decisión de suministrar a Vizcaya entraba dentro de las prioridades políticas del Gobierno. No quería tampoco otorgar a ambas partes la condición de beligerantes para no legitimar los registros de barcos ingleses por barcos «nacionales» en evitación de que llevasen material de guerra.

El 6 de abril, cuando la ofensiva estaba en pleno desarrollo y las Brigadas de Navarra, dueñas de Ochandiano, coronaban el alto de Urquiola, saludaban a San Antonio de Padua en su ermita, y contemplaban ya Durango, que en otro tiempo albergara la improvisada Corte de don Carlos, el «Almirante Cervera» interceptó al mercante inglés «Thorpehall» en viaje a Santander. Intervinieron tres buques de guerra británicos, el «Brazen», «Beagle» y «Blanche» y, para evitar un choque, el crucero español liberó al carguero británico que, de hecho, llevaba material de guerra. La Cámara de Comercio británica sabía muy bien que los barcos eran auténticos contrabandistas, que muchos ni siquiera tenían derecho a usar la bandera que enarbolaban.⁷ Se estaba discutiendo en el Comité de No Intervención la prohibición del envío de armamento a España, sin que se hubiese llegado a ninguna decisión cuando la Junta Técnica comunicó, a través del embajador que residía en Francia, que consideraba zona de bloqueo la ría de Bilbao. Fue entonces cuando el lord del Almirantazgo, sir Samuel Hoare, futuro embajador en España, dio a sus buques de guerra, especialmente al acorazado «Hood» y al crucero «Shropshire», la orden de escoltar y proteger a los buques con bandera inglesa, fuera de las aguas jurisdiccionales.

Sir Samuel Hoare no estaba interesado en interferir con sus actuaciones las todavía precarias relaciones que se mantenían entre el Reino Unido y las autoridades de Burgos, de modo que admitió, como buenas, las informaciones que algunos capitanes de barco, el propio embajador sir Henry Chilton, y el gobernador militar de Irún que cumplía órdenes directas del Cuartel General del Generalísimo, le suministraron acerca del bloqueo de Vizcaya. En otros términos, aceptó como verdadero el bloqueo de la ría por barcos y minas establecido por los «nacionales». El Gobierno británico, tras una difícil reunión el 10 de abril, cursó un telegrama a Franco afirmando que no aceptaría interferencias a sus buques, pero al mismo tiempo ordenó a éstos que se dirigiesen a San Juan de Luz sin ir a Bilbao hasta nuevo aviso pues la navegación se había tornado peligrosa.

El 12 de abril, el premier Baldwin, tuvo que hacer frente a una violenta interpelación en los Comunes. Clement Attlee, laborista y jefe de la oposición, consideró intolerable que la Flota no tuviese capacidad y decisión para escoltar a sus barcos hasta el puerto de destino. Eden reconoció que la Flota había dado escolta al menos a seis barcos hasta la ría y que, alcanzadas las tres millas, podía considerarse que los viajeros estaban a salvo bajo las baterías de costa de los nacionalistas vascos. La falsedad de las noticias fomentadas desde Burgos se aclaró de un modo pragmático,

muy británico cuando algunos de los capitanes cuya mercancía se estaba pudriendo en San Juan de Luz decidieron arriesgarse y pudieron comprobar que no había barcos enemigos ni minas que impidiesen el viaje. La flotilla del Almirante Cervera capturó al menos a dos de los barcos de aprovisionamiento, Hordena y Nasancahall.

Por debajo de las patatas y los tomates, los huevos y las conservas, viajaban en la mayor parte de los casos armas. Era cierto, pues, que a pesar de los discursos, a veces muy altisonantes, en los Comunes, se estaba produciendo contrabando de armas, que no fue frenado tampoco después que, el 19 de abril, entraran en vigor las medidas del Comité de No Intervención: la vigilancia de las costas cantábricas quedó bajo la competencia de los británicos y, en el Cuartel General de Burgos se tuvo la impresión de que la Home Fleet garantizaba que no hubiera bloqueo de Bilbao.

En los debates en los Comunes, algunas cosas quedaron claras: no sólo que los laboristas eran partidarios del Frente Popular, sin paliativos, sino que Eden, titular del Foreign Office en aquel momento, también prefería al fin y al cabo la victoria de la República. No podemos precisar que Franco conociese esta situación, pero por otras vías podía vislumbrarla. Pero al mismo tiempo los contactos entre oficiales franquistas y británicos y algunas intervenciones de políticos conservadores demostraron que tampoco los «nacionales» carecían de apoyos en Inglaterra. Churchill, en una intervención que fue poco atendida, lanzó, sin embargo, la idea de una preferencia en favor de la negociación entre ambos bandos que abriese camino a una tercera vía sin victoria para nadie.

II. LA CUARESMA DE ESPAÑA.

I. Desde finales del año 1936 la posición religiosa en ambas zonas se hallaba muy claramente definida. En la «nacional» la Iglesia estaba protegida por las autoridades y recuperaba velozmente la influencia que antes tuviera, incluso aquella que disfrutaba un siglo antes; se había vuelto al sistema de religión oficial.⁸ En la roja, como a sí misma prefería mayoritariamente llamarse, el culto católico estaba proscrito, aunque comenzaba a reorganizarse desde las verdaderas catacumbas a que se le arrojará. Para muchos sacerdotes la única esperanza era la huida,⁹ pero mientras ésta llegaba —a veces nunca— estaban aprendiendo a vencer el miedo inicial y muchos se arriesgaban a celebrar misas ocultas y administrar sacramentos: había menos peligro en la calle desempeñando una actividad, que podía confundirse con la de médicos o practicantes, que en los domicilios sometidos a continuos registros y comprobaciones.¹⁰ En medio estaba Vizcaya en donde los nacionalistas vascos mantenían abiertas las iglesias haciéndolas a veces vigilar por hombres armados. Esta situación no fue obstáculo para que cuarenta y siete sacerdotes y también muchos laicos fueran asesinados por su sola condición de católicos.

El Vaticano se encontraba en situación de perplejidad: había católicos en la zona dominada por el Gobierno de Valencia que, en un caso, el vizcaíno, seguían practicando el culto público, y en otros se esforzaban en reconstruir toda una red subterránea de acción pastoral y no le convenía poner en peligro ninguna de las dos posibilidades; por eso se resistía a adquirir compromisos demasiado extremos como la Junta Técnica le reclamaba. Por otra parte sabía que sólo el triunfo de los militares

podía devolver la libertad a la Iglesia en España. Estas vacilaciones, sumadas a la abierta decisión de no retornar al concordato de 1851, molestaban a los partidarios de Franco que tenían conciencia, porque así se lo decían los obispos, de que aquella guerra era una cruzada en defensa de la religión.

No se trataba, pues, como algunas veces con innegable ligereza hemos llegado a decir, de una simple cuestión de presiones personales de clérigos vascos o franceses sobre la Curia. Esto no quiere decir que no existieran ni que revistieran menos importancia de la que hemos dado. Pero había una razón de fondo que iba más allá de la simple opinión. La exaltación que, en algunos sectores «nacionales» y en general en su prensa, se hacía de los valores y aciertos de los regímenes políticos alemán e italiano, era otro motivo de preocupación para la Santa Sede: temía errores y negligencias como en algunos casos se cometieron al principio en Alemania. El Régimen español tenía que definirse sobre algunos puntos.

La posición de los eclesiásticos e intelectuales franceses era muy explicable: aquellos que propugnaban el entendimiento con los Gobiernos radicales o incluso del Frente Popular no podían admitir que su país estuviese ayudando en forma decisiva y mostrándose casi beligerante en favor de quienes asesinaban católicos y arrasaban iglesias. En abril y en junio de 1937 François Mauriac y Jacques Maritain publicaron sendos manifiestos en favor de la República, sosteniendo la tesis de que ésta representaba a la Democracia mientras que los militares sublevados eran fascistas inclinados al totalitarismo. En todo caso quienes preconizaban una neutralidad vaticana tenían que soslayar un hecho demasiado notorio: la gravedad de la persecución religiosa, superior a ninguna de las hasta entonces conocida, como recordó el Papa en el discurso que hemos mencionado. Y esto los colocaba en posición falsa.

2. El 22 de diciembre de 1936 el presidente del Gobierno vasco, José Antonio Aguirre, se decidió a hacer una manifestación teórica de su postura, por medio de un discurso radiado que después se publicó en la prensa extranjera. Como puede suponerse el discurso no fue reproducido por la prensa «nacional», pero tampoco por la republicana ya que el Gobierno de Valencia no podía compartir los argumentos que allí se reflejaban, contrarios a los suyos que todavía apuntaban a la desaparición completa de la Iglesia en España. En realidad Aguirre intentaba rebatir, con sus palabras, tanto las cartas de Múgica y Olaechea del 6 de agosto como la tesis de Pla y Deniel acerca de la cruzada. «La guerra que se desenvuelve en la República española, sépalo el mundo entero —decía el presidente vasco— no es una guerra religiosa, como ha querido hacerse ver; es una guerra de tipo económico, y de tipo económico arcaico, y de contenido social». Era la primera vez que un dirigente nacionalista se expresaba en tonos revolucionarios como si fuera un socialista. Tampoco podía acudir a los famosos argumentos de Sabino Arana en defensa del espíritu religioso de su pueblo.

Gomá se sintió directamente aludido, pues era el inspirador de aquellas cartas. Consultó con el Vaticano, de quien ostentaba la representación oficiosa, la conveniencia de dar respuesta al discurso a fin de que no fuesen confundidos los católicos fuera de España. Recibió la autorización y fue entonces cuando publicó la carta pastoral que hemos mencionado, del 10 de enero de 1937,¹¹ dirigida a los obispos católicos del mundo entero. El documento se presentaba como «Carta abierta al presidente Aguirre» a quien invitaba a que tuviera el valor de publicarla en Bilbao. Trans-

luce en él la confianza que depositaba en la promesa que Franco le hiciera de poner término a los castigos a sacerdotes vascos, negociando en adelante con las autoridades eclesásticas el destino de los que se hicieran responsables de actividades políticas o militares en favor del separatismo. Es un hecho que debemos registrar que, en efecto, el Generalísimo cumplió la promesa que hiciera al cardenal.

«Negamos en redondo —decía Gomá— que ésta sea una guerra de clases». Es «el amor al Dios de nuestros padres» el que ha empujado a la España pobre y campesina a alzarse en armas en defensa de la fe, mientras que el «odio a Dios» predicado por el marxismo prevaecía en la España rica. Acusaba después a Aguirre de guardar silencio sobre lo que estaba sucediendo en la zona roja, en donde los templos que no habían sido aún incendiados o arrasados permanecían absolutamente cerrados: los sacerdotes supervivientes tenían que permanecer ocultos. «Leemos que han ardiendo ya algunos templos en Vizcaya. A última hora anuncia la radio el asesinato de algunos sacerdotes por los comunistas». Luego entraba en la peliaguda cuestión del fusilamiento de sacerdotes vascos por las autoridades militares tras juicios sumarios celebrados sobre la marcha.

«Aquellos sacerdotes sucumbieron por algo que no cabe consignar en este escrito» pero «la Jerarquía no calló en este caso». Si no acudió a la «tribuna clamorosa de la prensa» es porque «hubiese sido menos eficaz» y, sin duda, poco conveniente para la Iglesia desatar un debate poco honorable para actividades políticas y de guerra. «Pero yo puedo señalarle el día y el momento en que se trunca bruscamente el fusilamiento de sacerdotes» añadía con cierto orgullo pues es cierto que se trataba de los resultados de una gestión personal. «En cambio, deje que le pregunte a mi vez, señor Aguirre: ¿por qué su silencio, el de usted y el de sus adictos, ante esta verdadera hecatombe de sacerdotes y religiosos, flor de intelectualidad y santidad de nuestra clerecía, que en la España roja han sido fusilados, horriblemente maltratados por muchos miles, sin proceso, por el único delito de ser personas consagradas a Dios?». El cardenal presentaba una cifra verdaderamente espantosa: en su diócesis iban registrados ya 201 asesinatos de sacerdotes y todavía le faltaban los datos de la mayor parte del territorio que seguía en poder de la República.

Las palabras del cardenal eran muy duras; no podía ser de otro modo ya que Aguirre, en su interpretación de los hechos venía a responsabilizar a la jerarquía católica española del apoyo que prestaba a un alzamiento militar socialmente retrógrado y por ello y por su atentado a la legitimidad republicana, condenable. Sin embargo, Gomá no entraba en cuestiones políticas y de este modo fijaba cuál era su postura y la de los demás miembros del episcopado. En España existía, como diría el Papa en varias ocasiones, una persecución contra la Iglesia de proporciones tan radicales que sería difícil encontrar precedentes adecuados, salvo el de la revolución soviética. Era evidente —concluía el cardenal— que el materialismo dialéctico constituye el peligro mayor para la Iglesia; por eso, y a la vista de los asesinatos de sacerdotes también en Bilbao, podía concluirse que si los comunistas llegaban a apoderarse de Vizcaya —y lo harían, si ganaban la guerra— también aquí la Iglesia sería erradicada. Terrible cosa es para un gobernante aliarse con los enemigos de Dios. Por eso Gomá concluía con un llamamiento, coincidente con los esfuerzos vaticanos, para que negociase: «busque coincidencias y excogite medios y halle una fórmula eficaz y suave de devolver a su pueblo la paz perdida». ¹² Esta propuesta de negociación no

era compartida por Mola ni tampoco por la mayor parte de los mandos militares. Carecemos de datos acerca de lo que pensaba Franco.

3. El Generalísimo no estaba lejos de la postura de Gomá, pues le hubiera convenido mucho la capitulación de Vizcaya. En su entrevista con el cardenal, el 29 de diciembre de 1936, se quejó de la excesiva pasividad de la Sede romana en este punto pues «una desautorización de la conducta de los vascos por parte de la autoridad eclesiástica... podía ser un factor decisivo en el propósito de desistir de la lucha». El Vaticano nunca quiso hacerlo pues no quería que sus gestiones se presentasen como condena del nacionalismo vasco: unión o separación de España eran opciones que en nada afectaban a la Iglesia. Desde muy pronto, sin embargo, hubo contactos encaminados a conseguir una rendición con condiciones.¹³ El PNV exigió, como condición indispensable, el estatuto de autonomía que ya había conseguido, algo que los militares, dueños ya de las tres cuartas partes de las Provincias Vascongadas, ni querían ni podían admitir.

Gomá transmitió a la Secretaría de Estado el informe de su conversación con Franco del 29 de diciembre. En su respuesta, de 11 de enero de 1937, el cardenal Pacelli desveló una parte, al menos, de los proyectos de la diplomacia vaticana: actuar como intermediaria pero logrando tales concesiones que el nacionalismo vasco le debiera agradecimiento. Explicaba que «como el Gobierno vasco de Bilbao está más que nunca controlado por los comunistas (en realidad estaba compuesto por cinco peneuvistas, tres socialistas, un comunista y dos republicanos) es de temer que también un acto de la Santa Sede... quedaría sin efecto o quizás empeoraría la situación, multiplicando todavía más las víctimas». De este modo preparaba su conclusión: «otra cosa sería si el general Franco se decidiese a hacer alguna concesión a las aspiraciones de los vascos». No había correlación entre la primera y la segunda parte del mensaje pues si, en efecto, los comunistas controlaban el Gobierno de Bilbao, su reacción sería independiente de que hubiera o no concesiones a la autonomía. Aquí estaba también el obstáculo pues los nacionales estaban decididos a hacer tabla rasa con la legislación republicana, incluyendo desde luego el Estatuto de Guernica.

Franco no se equivocó en la interpretación del mensaje que se le transmitía: ¡qué gran crédito lograría el Vaticano ante los nacionalistas vascos si, por su intervención y a cambio de una ruptura con los marxistas, se confirmaba su autonomía versus independencia! A esto respondió el Generalísimo, con su frialdad característica, que no era ni *prudente* ni *factible*.¹⁴ Éste es un argumento que tenemos que sumar a las prisas que, desde finales de enero de 1937, se advirtieron en Salamanca: había que «liberar» Vizcaya del dominio «rojo-separatista» lo antes posible. Una cuestión que podía envenenarse¹⁵ si intervenían otros elementos extraños.

El 30 de enero de 1937 la Secretaría de Estado vaticana explicó con más claridad la propuesta: la Santa Sede estaría dispuesta a enviar una carta de orientación pastoral al clero vasco exigiendo la ruptura con el Gobierno ateo del Frente Popular si Franco decidía ofrecer generosas condiciones a los nacionalistas vascos y también sobre la autonomía del territorio. Gomá debía presentar esta propuesta al Cuartel General de Salamanca. Con toda urgencia, el cardenal respondió a Pacelli (4 de febrero de 1937) que consideraba muy difícil que esto fuera aceptado, pero iba a intentarlo; explicó que los militares españoles estaban ya negociando por su cuenta

con algunos responsables vascos a través del P. Pereda, jesuita de gran prestigio, pero que se habían torcido mucho los asuntos al confirmarse la noticia de que el 4 de enero se había producido el asalto a las cárceles de Bilbao con el asesinato consiguiente de 280 personas.¹⁶ Se pensaba, en la zona nacional que ninguna seguridad podían ofrecer los nacionalistas a la hora de negociar porque carecían absolutamente de autoridad.

4. En ese mismo despacho del 30 de enero, el cardenal Pacelli sugería al primado español una alternativa diferente, la de que fuesen los obispos españoles quienes, por medio de una carta pastoral conjunta, se ocupasen de aclarar el problema vasco. Gomá respondió el 10 de febrero: no le parecía mal la idea del documento colectivo, pero éste no podía limitarse a la cuestión vasca, importante, pero muy singular, sino que tendría que referirse a la situación general que la guerra civil estaba planteando a la Iglesia en España.¹⁷ Sólo así podrían valorarse los distintos matices. De acuerdo con las instrucciones recibidas, el primado celebró dos entrevistas con Franco, los días 12 y 16 de febrero de 1937, examinándose en ellas la cuestión vasca.

Las respuestas del Generalísimo demuestran que no se trataba de algo improvisado sino del producto de una larga meditación. Abarcan tres puntos:

- No se puede identificar al Partido Nacionalista Vasco con el pueblo vasco, ni éste lo consentiría. Aceptando como buenos los votos emitidos en las elecciones de febrero de 1936, no llegaba a contabilizar ni la tercera parte. Sería absurdo negociar con él como si se tratase de la totalidad de las Provincias Vascongadas.¹⁸
- Concertar un acuerdo con el llamado Gobierno vasco o de Euzkadi, que se había constituido en octubre de 1936 y en virtud de una ley aprobada por unas Cortes en las que sólo estaban presentes los diputados del bloque del Frente Popular, habiéndose impedido a los demás la asistencia por el procedimiento expeditivo de la prisión, el tiro en la nuca o la amenaza de muerte, significaría reconocer la legitimidad de tales actos, algo que los vascos que militaban en su bando no podían aceptar.
- Finalmente, había que desengañar a la Santa Sede: aun suponiendo en los nacionalistas vascos un propósito de capitular por separado, sus aliados socialistas, comunistas y anarquistas, verdaderos dueños de la situación, se lo impedirían por la fuerza.

El cardenal Pacelli pareció aceptar la lógica de este razonamiento ya que en su despacho del 27 de febrero encomendó a Gomá que realizase una gestión distinta: tenía que conseguir de las autoridades nacionales que extremasen su clemencia hacia los nacionalistas vascos, cuando fuesen vencidos, pues se trataba de católicos.¹⁹ Para una más exacta comprensión de estas delicadísimas negociaciones, desveladas en el archivo Gomá por la pfra. Rodríguez Aísa, debemos recordar que hasta el 20 de marzo no se hará efectiva la orden de ofensiva sobre Vizcaya. En relación con ésta, Franco hizo a Gomá una confidencia con la intención de que la transmitiera a Roma: la gran irritación de Mola y los otros responsables del Alzamiento hacia los peneuvistas nacía de que éstos, en cuanto católicos, habían estado al principio en favor de los proyec-

tos militares pero a última hora una gestión de Indalecio Prieto los había movido a cambiar de bando contra la garantía de un trozo de soberanía española.²⁰ El fracaso del Movimiento en Bilbao, con dramáticas consecuencias para los oficiales comprometidos, estaba en la raíz de muchos de estos males que se denunciaban.

5. Para el año 1937 se anunciaba una Pascua temprana. Preparando a los católicos para celebrarla, el cardenal Gomá firmó el 30 de enero una breve carta pastoral a la que dio el significativo título de *La Cuaresma de España*.²¹ El 10 de febrero, miércoles de Ceniza, iba a comenzar ese tiempo que la liturgia de la Iglesia reserva cada año para ejercicio de la penitencia. No pretendía sin embargo el primado recordar una cuaresma más en España sino de invocar la especial penitencia de toda la nación española en el terrible sufrimiento de una guerra civil. «No quedará español, cuando se haya liquidado esta terrible guerra, que no haya sufrido quebranto en ella». Pero el primado recordaba a sus fieles —a los católicos en general— la doctrina sustentada por el catolicismo: siempre es el pecado, raíz de desorden, causa remota de ese mal absoluto que constituyen las guerras. Aplicando dicha doctrina al caso español, en busca de responsabilidades, el cardenal no veía posible exculpar a nadie: los políticos sembraron el odio entre los ciudadanos, los ricos se ocuparon de incrementar sus beneficios con desprecio para los trabajadores, y los obreros se dejaron atraer por doctrinas subversivas que les encaminaban a la destrucción.

Aunque otra cosa se haya dicho en ciertos libros, Isidoro Gomá fue un eclesiástico inclinado a la paz en las conductas, batallador en el campo de las ideas, defensor de la moral; no le era posible reconocer en la guerra desencadenada ningún bien. Sin embargo, de acuerdo con la teología católica, advertía que el extremado sufrimiento, cuando se acepta como fructuosa penitencia, puede constituir el punto de partida para la recuperación de un cuerpo social. Dios cuenta también con el sufrimiento y con la muerte como recursos extremos para lograr la conversión de los hombres. Cuando el viento de la guerra haya dejado de asolar a la doliente España —decía— los católicos van a encontrarse con la verdadera prueba, pues tendrán que elegir el camino; de la calidad de respuesta moral que sean capaces de ofrecer, dependerá el futuro de España, la consolidación de su paz. Tenemos constancia de que Franco leía las cartas de Gomá, destacando de ellas las frases que le parecían más dignas de atención.

III. LA RUPTURA DEL FRENTE DE VIZCAYA.

1. La decisión de Franco de acumular en el norte la mayor parte de las fuerzas aéreas disponibles permitió a Mola disponer de una superioridad en la aviación que compensaba ampliamente la inferioridad en tierra. El 29 de marzo de 1937 quedó fijado ya el plan para el ataque previo; el 30, desde su cuartel general, en Vitoria, Mola dio las instrucciones a Solchaga y los mandos de las Brigadas navarras encargadas de lograr la ruptura.²² El bombardeo de Durango y Elorrio se confió a la aviación italiana, porque von Richthofen, que no creía en absoluto que pudiera lograrse gran precisión de tiro, prefirió reservar la Legión Cóndor para la acción de apoyo a las fuerzas de ataque, en especial la 4.^a de Navarra, que iba a romper la línea entre

los montes Albertia y Maroto. En efecto, estas dos alturas fueron coronadas por los soldados de Alonso Vega al mediodía del 31 de marzo, mientras los italianos bombardeaban los objetivos señalados. Fue especialmente duro el golpe que se asestó en Durango; murieron ochenta personas, un número similar al registrado luego en Guernica, aunque no se hizo la propaganda oportuna. La prensa de Bilbao de estos días, más próxima a los sucesos, dio mayor relieve, sin embargo, en una primera reacción, al bombardeo de Durango. El 4 de abril los nacionales alcanzaron Ochandiano y el 6 estaban ya en el alto de Urquiola, desde donde se divisa Durango.²³ El mal tiempo obligó a una breve detención.

En este momento se registran dos acciones simultáneas de Franco en el campo diplomático: cursó instrucciones al conde de Magaz para que, en Roma, presentara al cardenal Pacelli los argumentos que legitimaban el Alzamiento Nacional²⁴ y dio respuesta personal muy oportuna a una carta de Gil Robles, enviada por mano del marqués de la Vega de Anzo, justificando a éste frente a los rumores que le acusaban de haber pretendido organizar un golpe de Estado. Franco se otorgaba a sí mismo el protagonismo —«está lejos de mi conducta y la realidad»— porque en aquellos momentos «hubiera pecado de falta de justificación en la empresa»— pero al mismo tiempo aseguraba que la Guerra Civil era «el resultado de un proceso histórico en que las personas sólo pueden tener una mínima influencia relativa».²⁵ La respuesta de Pacelli no parece muy cordial: la prensa italiana daba cuenta de la derrota de Guadalajara, «malas noticias»; se estaba produciendo un acercamiento de Hitler a Stalin y, en España, la actitud de Hedilla y, en general, de Falange Española, despertaba preocupación por su entusiasmo en favor de los nazis.²⁶

Al comienzo de la ofensiva se comunicó al Gobierno británico que las autoridades militares consideraban sometida a bloqueo la ría de Bilbao. Ya hemos explicado cómo aquél no hizo caso de la advertencia que, por otra parte, era apenas una declaración platónica pues carecían los «nacionales» de medios para hacerla efectiva. En Bilbao hubo la sensación de que se contaba con el respaldo inglés, pero en Salamanca se pensaba que dicho respaldo cesaría en el momento en que la ciudad fuese tomada. El Gobierno republicano comprendió, después del 4 o 5 de abril, que se hallaba ante una amenaza seria. Fueron enviados importantes consejeros soviéticos y refuerzos desde Asturias y Santander que asegurasen la permanente superioridad numérica de los defensores; el presidente Aguirre aceptó incluso la transmisión del mando al general Gámir Ulibarri. Para aliviar la presión de los «nacionales», el Gobierno de Valencia desencadenó algunas acciones de divergencia, como el asalto contra el cerro Garabitas de la Casa de Campo (7 a 16 de abril), dos ataques en el sector de Jaca y en la sierra de Alcubierre, un intento sobre Teruel que daría origen al fantástico relato de Malraux en *L'espoir*; y otro sobre Peñarroya. Todos fracasaron, de modo que el único éxito que pudo esgrimir la prensa roja fue la definitiva destrucción del foco de resistencia en Santa María de la Cabeza.

2. Jesús Salas, a través de excelentes investigaciones, ha podido demostrar que, a partir de 1937 comenzó el proceso, que en la Segunda Guerra Mundial se consumaría, de independencia del arma aérea. Su acción fue más contundente, y también más dolorosa,²⁷ porque los efectos de los bombardeos alcanzaban a la población civil, creando en ella un clima de terror. El 20 de abril, superado el mal tiempo, Mola

desencadenó la segunda fase de la ofensiva: la 4.^a de Navarra, cuyos efectivos se habían incrementado hasta alcanzar los de una División completa, tenía que encargarse de abrir brecha en Vergara. A pesar de su superioridad aérea y artillera fue frenada en las Inchortas durante varios días por fuerzas de la defensa que peleaban muy valerosamente. Mientras tanto la 1.^a de Navarra tomaba Amorebieta y el 23 de abril García Valiño se apoderaba de Elorrio. Ahora el frente estaba roto y las columnas rebasaban Durango por ambos lados. La aviación pasaba a primer término: tenía que impedir que la superioridad numérica, reforzada con envíos desde otros lugares, consolidase la capacidad de resistencia. El enemigo estaba revelando a Mola un valor y eficacia superiores a lo esperado. Así sobrevino Guernica.

Conviene puntualizar algunos extremos en torno a la operación. El día 24 de marzo de 1937, como parte de los preparativos para la ofensiva, se celebró una reunión en la que participaron Kindelán, «jefe del Aire», Solchaga, encargado de la punta de ataque, Juan Vigon, jefe del Estado Mayor de Mola, y Wolfram von Richthofen, el conocido general de la Legión Cóndor, primo del mítico «barón rojo» de la Primera Guerra Mundial. Se trataba de cómo emplear los 80 aviones ya concentrados en Vitoria y los otros 70 que podían colaborar con ellos desde otros aeropuertos próximos.²⁸ De acuerdo con una situación que ya se había aceptado en noviembre de 1936, el general Hugo von Sperrle era quien podía dar las órdenes a las fuerzas alemanas, estando subordinado única y directamente al Generalísimo. En la mencionada reunión del 24 de marzo no se discutió que las operaciones aéreas quedaban subordinadas a la decisión del mando alemán: se dijo que la decisión de fijar la hora H y el objetivo de un bombardeo, tenía que comunicarse con una antelación mínima de dos horas antes de la salida de los aviones.²⁹

3. Hubo discrepancias iniciales. Mola, que soportaba mal esa independencia de los mandos alemanes, cometió probablemente el error de hacer preceder la ofensiva de una proclama en que amenazaba con arrasar Vizcaya si no se rendía. Dicha proclama, arrojada en el momento en que se producía el atroz bombardeo de Durango, resultaba excesivamente dura y parecía una justificación de las nuevas acciones de guerra. Luego, el general pidió a los alemanes que bombardeasen especialmente tres objetivos militares en torno a Bilbao: la central eléctrica de Burceña, los talleres de Euskalduna y la fábrica de explosivos de Galdácano. Sperrle se negó a acatar órdenes de Mola y hubo entre ambos en Vitoria una escena violenta el 2 de abril: el general alemán dijo que había consultado con Franco y que «el Generalísimo había mantenido hasta entonces una opinión opuesta y que las fuerzas alemanas en España sólo atacarían fábricas, en el futuro, cuando el Generalísimo exprese tal deseo».³⁰ Había, seguramente, una coincidencia de intereses entre alemanes y españoles del Cuartel General: uno de los objetivos de la campaña era disponer de la potencia industrial vizcaína, no destruirla.

El retraso en las operaciones, entre los días 5 y 20 de abril, a causa del mal tiempo fue considerado por los consejeros alemanes e italianos como una muestra de la incapacidad de los mandos españoles, en especial de Franco, para llevar adelante una guerra moderna. Éste fue precisamente el tema de dos conversaciones que el almirante Canaris sostuvo con el Generalísimo en los primeros días de abril: según él, las fuerzas empleadas eran demasiado escasas. El Caudillo, intencionadamente,

explicó a Cantaluppo+, para que éste las transmitiese a Mussolini, las razones de este proceder cauteloso: estaba dirigiendo una guerra de liberación interior y no de conquista frente a un enemigo de fuera, de modo que tenía que apoderarse de las ciudades una a una, sin destruirlas. «Puede que alcance con ello menos gloria –comentó– pero tendré más paz interior».³¹

En la medida en que nuevas poblaciones se incorporaban a la zona nacional, aumentaban las reclutas para su Ejército y los recursos industriales, disminuyendo paralelamente los del enemigo. Era una de las premisas que consideraba imprescindibles para la obtención de la victoria. Tampoco parece que le gustase a Franco esa excesiva independencia de que hacían gala los alemanes: el día 12 pidió a von Sperrle que transfiriese al frente de Madrid, donde estaban culminando los combates de la Casa de Campo, todos los aviones de que pudiera prescindir. Sperrle se negó, muy indignado exhibiendo una orden de su ministro, von Blomberg, cursada el mismo día exigiendo que la Legión Cóndor operara siempre como unidad compacta y a las órdenes directas del propio general alemán. Los mandos germanos se quejaban constantemente de la falta de coordinación que les impedía operar con eficacia, pero los españoles también manifestaban su disgusto: el 20 de abril, en el sector de Elgueta, los italianos arrojaron bombas, por equivocación, sobre los soldados «nacionales».

El 24 el frente vasco se hallaba en plena retirada, pero las 16 Brigadas de gudaris, las 2 asturianas y la santanderina, operaban con dura resistencia tratando de organizarse. Durango estaba ciertamente rebasada pero se mantenía con vigor. Mola no quería entrar en Guernica antes de asegurar esta otra ciudad así como la línea de Marquina a Lequeitio. Según el diario de Richthofen y las órdenes escritas del mando alemán, estaban previstas para los días 25 y 26 de abril de 1937 dos operaciones de bombardeo, una sobre Galdácano y la otra sobre Guerraicaiz, a quince kilómetros de Guernica. Éste era el informe que conocía el Cuartel General.³²

IV. EL BOMBARDEO DE GUERNICA.

1. Es indudable que los historiadores poseen, merced a varias relevantes investigaciones, todos los datos que permiten establecer, con claridad, el episodio del bombardeo de Guernica. Doloroso sin duda, y terrible en varios aspectos, pero no el más doloroso ni el más terrible de la guerra, salvo si se admiten las fábulas desmesuradas que en torno al mismo se forjaron. Los bombardeos italianos sobre Barcelona los días 17 y 18 de marzo de 1938 fueron peores y, sin embargo, no hubo propaganda en torno a ellos. Equivalente en pérdida de vidas humanas fue el de Durango, ya mencionado –la primera reacción bilbaína como dijimos, lo presentó en un primer momento como peor– y tampoco se montó la fábula. Las fotografías del bombardeo de Cabra por los republicanos en noviembre de 1938, cuando esta ciudad no era ningún objetivo militar –hubo 86 muertos y 117 heridos– tampoco fueron tomadas en consideración. No hay, por tanto, más remedio que llegar a la conclusión de que Guernica fue convertida en un símbolo por motivos que no son los militares. En apoyo de este argumento, innegable, aunque haya un sector de opinión que lo rechaza por obvias razones políticas, viene también el cambio de título para el cuadro de Picasso: el famoso pintor, que había comenzado un mural para el pabellón de la Feria

de París, recibió el encargo de hacer otro sobre los desastres de la guerra; sólo con posterioridad se decidió llamarlo Guernica.³³

El 26 de abril de 1937 la villa vizcaína de Guernica sufrió un bombardeo en dos pasadas, primero de varias formaciones de aviones italianos Savoia, procedentes de Soria y de Vitoria, y después de dos Heinkel 111 y dieciséis o diecisiete Junker 52 de la Legión Cóndor. Según el testimonio que prestó ante el tribunal de Nuremberg, corroborado por los documentos alemanes que se conservan y que no fueron conocidos hasta mucho tiempo después, debido al jefe que mandó los aviones alemanes, coronel Galland, el objetivo era el puente sobre la ría. La visibilidad mala y el sistema de tiro deficiente hicieron que el objetivo no fuese alcanzado y sí, en cambio, la villa. 23 toneladas de bombas fueron arrojadas; se produjo entonces un incendio que se contagió de unas casas a otras y que los bomberos no lograron atajar aunque el casco viejo, donde estaban el árbol y la Casa de Juntas, se salvó ya que los equipos contra incendios trabajaron denodadamente en esta zona. Hubo más de cien muertos, exactamente 126 han sido contabilizados por Salas Larrazábal, pero las destrucciones fueron muy grandes. Los comandos de demolición, que tenían que cortar el fuego y no dejar al enemigo nada que pudiera aprovecharse, completaron después las destrucciones, de modo que cuando el 29 de abril los «nacionales» ocuparon la villa, ésta ofrecía un espectáculo desolador. Los soldados de las Brigadas navarras montaron guardia de honor en torno al árbol.³⁴

La propaganda roja, apoyada por corresponsales extranjeros, elaboró una primera falsedad. Según Indalecio Prieto, el mariscal Göring que necesitaba un campo de pruebas para la Luftwaffe había escogido Guernica como campo de experimentación. El mando alemán se empeñó en negar la existencia del bombardeo y el Cuartel General del Generalísimo incurrió en la misma falsificación, atribuyendo la destrucción de Guernica, «la villa foral carlista y, por vasca, españolísima»,³⁵ a los rojos en su retirada. En los informes secretos que el día 27 distribuyó el mando alemán, se daba cuenta tan sólo de operaciones rutinarias en estos términos: «todas las unidades de la legión Cóndor atacaron al enemigo en retirada que se desplazaba hacia Guernica (20 km. al norte de Durango) actuando constantemente sobre las carreteras y puentes, al este de Guernica».

2. El 27 de abril, cuando todavía los periódicos bilbaínos seguían dedicando más atención al bombardeo de Durango que al de Guernica, la prensa británica vespertina daba cuenta de la destrucción de la villa foral. Había un interés especial en presentar la noticia como una muestra de la brutalidad tedesca. El 28 un corresponsal británico que jamás puso sus pies en Guernica, George L. Steer, publicaba simultáneamente en *The Times* de Londres y *The New York Times* de Nueva York, una crónica describiendo cómo los alemanes habían atacado y destruido la población. Paralelamente Luis Bolin, que actuaba como jefe de prensa del Cuartel General del Generalísimo, rechazaba la noticia y decía en cambio que eran los rojos en su retirada quienes estaban volando Guernica (28 de abril de 1937). Aquel día los nacionales se hallaban en Durango y al día siguiente en la humeante Guernica. Comenzó a rodar la bola de los despropósitos por una parte y otra.

Más adelante se añadieron curiosos detalles para adornar la leyenda y hacerla más estremecedora. Así se dijo que los alemanes habían ensayado nuevos métodos

para conseguir una guerra más destructiva; todo el mundo pereció olvidarse de los aviones italianos. Se añadió que Guernica era una pacífica ciudad de retaguardia carente de toda importancia militar y, llegándose al extremo de los despropósitos, se explicó que, siendo día de mercado, estaba llena de pacíficos aldeanos que habían ido a vender. De nada sirvió que se dijera que el delegado del Gobierno vasco había suspendido hacía tiempo los mercados a causa de la guerra. Nada existe tan persistente en nuestros días, abundantes en medios de comunicación, como una leyenda bien elaborada: aún sirve a la ignominia de los soldados de la Luftwaffe muchos años después de que el III Reich haya desaparecido de la faz de la tierra.³⁶

3. Lo que a los historiadores importa mucho es dar adecuada respuesta al otro interrogante: ¿por qué se hizo de Guernica y no de otros episodios igualmente dolorosos un arma de propaganda internacional de grandes proporciones? En el artículo antes mencionado de George Lowther Steer, que el mismo autor remodelaría más tarde para convertirlo en libro, bajo el título de *El árbol de Guernica: campo de experimentación para una guerra moderna*, se proporcionaban, en boca del presidente Aguirre, dos de las claves del momento: «los aviadores alemanes, al servicio de los rebeldes españoles, han quemado la ciudad histórica venerada» y «mostrando una vez más que Euzkadi no puede esperar nada de quienes no vacilan en destruir el país». La opinión francesa e inglesa, incluso católica, estaba siendo trabajada con el argumento de que los amigos de los «bárbaros» alemanes sólo eran dignos de odio, mientras que en la vasca se trataba de rechazar las gestiones mediadoras del Vaticano encomendadas al cardenal Pizzardo y a Gomá, pues cualquier negociación significaba abandonar el maximalismo del Estatuto de Guernica. Aguirre confiaba ahora en una especie de defensa a ultranza de Bilbao, al amparo del cinturón de hierro sin tener en cuenta que mal podía resolver un asedio la contradicción de que las fuerzas más numerosas estaban siendo derrotadas por las menos.

Testigos de la Legión Cóndor afirmaron después que los oficiales de la misma quedaron desolados ante lo que había sucedido. Sperrle se encontró en dificultades con sus superiores en Alemania. Aumentó el error pretendiendo con mentira que sus aviones sólo habían arrojado bombas sobre las carreteras y puentes al este de Guernica, ofreciendo como prueba la noticia dada por Luis Bolín. El 30 de abril, cuando la destrucción de Guernica era una evidencia que nadie podía negar, y la cólera de Franco contra sus aliados por aquel mal paso iba creciendo, Sperrle cursó un parte a Berlín: «Las órdenes para los K/88 (Junkers) el 26 de abril eran las siguientes: atacar puente y cruce de carreteras al este de Guernica; los K/88 y los VB/88 han informado que, según observación, no cayeron bombas en la ciudad. Ya había incendios en la ciudad antes del ataque».³⁷

Así se cerró el curioso círculo de la propaganda. Para los antifascistas del mundo entero –poco reflejo hubo en los círculos soviéticos– Guernica había sido destruida, con miles de muertos además, por una aviación alemana que allí probaba sus infernales máquinas de guerra. Era lo que esperaba a los países democráticos si Hitler llegaba a desencadenar la contienda. Para los nacionales y sus amigos de aquella hora, la villa había sido deliberadamente destruida por los rojos en el momento de la retirada. Los dos bandos mintieron. Franco fue el más perjudicado: a él hubiera convenido mucho, como estaba previsto desde el comienzo de la ofensiva al dar todo el

protagonismo a las Brigadas de Navarra, que sus soldados de la boina roja aparecieran junto al árbol como si fueran todavía la guardia del hermoso barbudo, Carlos VII. Pero aquellos requetés estaban ahora custodiando una casa y un signo venerables rodeados por todas partes de espantosas ruinas.

Pero las presiones de los católicos «rojos», como les llamaba la prensa nacional, habían comenzado mucho antes a ejercerse en los pasillos vaticanos. Se tiene la impresión de que Guernica no empeoró las cosas, antes al contrario. Durante todo el mes de abril, como hemos visto, Magaz informaba de la hostilidad que iba encontrando. El 7 de abril, en uno de sus despachos regulares al cardenal Pacelli, el primado español hizo advertencias muy serias. Vamos a examinarlas por su orden lógico, ya que es importante:

- No estaba en manos de los católicos de Francia ni menos de la Santa Sede, decidir quién iba a ganar la guerra de España; a su juicio era Franco el que lograría al final la victoria.
- Sus relaciones personales con el Generalísimo seguían siendo tan correctas y cordiales como siempre; pero no podía decir lo mismo de sus colaboradores que sentían profundo malestar ante la tardanza vaticana a otorgar un reconocimiento que les perjudicaba.
- Había en este punto un verdadero peligro pues Franco significaba la garantía de catolicismo, la cual desaparecería si él se viese desbordado.
- Una victoria del Frente Popular, con o sin el beneplácito del señor Aguirre, significaba la destrucción radical de la Iglesia.
- Si Franco no recibía el apoyo suficiente de la Iglesia podían imponerse en su bando aquellos que eran partidarios de alguna forma de nacionalsocialismo, con lo que sería de aplicación la fórmula alemana de sometimiento de la Iglesia a los intereses del Estado.³⁸

V. LAS CONCESIONES DE FRANCO.

1. A pesar de la lentitud del avance comenzaba a filtrarse en las cancillerías europeas la convicción de que Bilbao iba a cambiar pronto de mano. El 30 de abril el viejo acorazado España chocó con una mina y se hundió mientras trataba de ayudar al Velasco que interceptaba a un mercante inglés frente a la ría de Bilbao. Los periódicos de la zona roja dijeron que se trataba de un bombardeo, felicitando a los supuestos pilotos. Ese mismo día, rebasada Guernica, los carlistas comenzaban a extenderse por toda la ribera del río, desde Mundaca a Pedernales.³⁹ Los italianos cometieron el error de forzar la marcha entrando en Bermeo antes de que estuviese tomado el Sollube; quedaron cercados y forzaron a Mola a cambiar el orden de operaciones para no perderlos. Aguirre, en Bilbao, decretó una movilización general alistando chicos de 17 y 18 años; trataba de apurar hasta el límite la resistencia.

El 1 de mayo de 1937 pudo comunicar Gómá a la Secretaría de Estado que acababa de obtener un éxito importante: estando prevista la inmediata entrada en Bilbao —faltaba en realidad mes y medio para que tal hecho se produjera— el Jefe del Estado, unilateralmente, acababa de poner en vigor, como ley española, aquella cláu-

sula del concordato anulado en 1931 que determinaba que los delitos cometidos por clérigos sólo podían ser castigados mediante un acuerdo con el prelado de la diócesis correspondiente. Esto garantizaba contra posibles represalias sobre sacerdotes y religiosos que hubiesen colaborado con los separatistas. Sería éste el momento adecuado —concluía el primado— de que, desde Roma, se tomaran las medidas pertinentes para evitar situaciones como la pasada advirtiéndolo a los eclesiásticos que no podían mezclarse en actividades políticas.

El 6 de mayo la Secretaría de Estado respondió, con visible satisfacción —conocía también el desenlace de la crisis política de Salamanca— animando al arzobispo de Toledo para que continuara sus gestiones en favor de los nacionalistas vascos, si éstos se decidían a aceptar un acuerdo. Gomá estaba consultando con los otros metropolitanos y algunos obispos, todos los cuales insistían en que debía convencer al Vaticano de la necesidad de un inmediato reconocimiento; la única voz discrepante fue la de Illundáin, que temía que tal hecho recrudeciese la persecución en zona roja, con daño para las medidas que se estaban adoptando. Presionó a Franco hasta obtener de éste que se cursara un telegrama a Magaz (8 de mayo) a fin de que éste presentara por escrito garantías de que sería respetada la vida de los nacionalistas vascos así como la libertad de quienes no estuvieran incurso en delitos comunes.⁴⁰

El 9 de mayo, Pacelli recibió a Magaz: tenía en sus manos la comunicación y el telegrama, y estaba visiblemente satisfecho. En la antesala el marqués se cruzó con Pita Romero, antiguo embajador de la República, que se le ofreció para ayudarlo en sus gestiones. Esta vez el secretario de Estado se mostró muy cordial y por eso explicó con más detalle cuáles eran los temores de la Santa Sede: tras la *Mit brennender Sorge* la ruptura con los nazis era completa y la Iglesia, que no estaba muy convencida de las garantías que se ofrecían acerca del catolicismo de Falange Española, temía que si reconocía al régimen de Franco, se la tachara de amiga de Alemania. También repitió que el reconocimiento de jure iba a incrementar la persecución. A pesar de todo Magaz supo a los dos días que se había convocado la Comisión de asuntos extraordinarios y que uno de los asuntos a tratar era el del reconocimiento de la España nacional.⁴¹ Tedeschini, Maglione y Canali le explicaron luego que nada se haría antes de conocer el resultado de la misión de monseñor Pizzardo.⁴²

Para el Reino Unido —éste es otro punto que conviene tener en cuenta— la cuestión española estaba comenzando a cambiar. Era muy difícil que Bilbao resistiese y Londres necesitaba hallarse en buenos términos con los dueños de la ciudad. A muchos políticos conservadores parecía cada vez más deseable una paz negociada en España. Durante los primeros meses de la guerra el Gobierno británico mantuvo sus relaciones con el republicano, pero sin excederse en los gestos de apoyo; incluso presionó a Oliveira Salazar para que no se precipitase en el respaldo a los militares rebeldes.⁴³ Pero ahora los servicios de información alemanes, que conocían las inclinaciones monárquicas de Franco, temían que, por esta vía, se produjese una gestión conservadora que lograra el reconocimiento; esto iría en perjuicio de los intereses del Reich.⁴⁴

2. Pocos días antes de estas gestiones, en todo caso con anterioridad al 12 de mayo, el cardenal Gomá, en una nueva entrevista con Franco, había mostrado a éste las preocupaciones que sentía por la visible influencia hitleriana en España, en especial

a través de campañas de prensa y radio. En esta sutil conversación entre dos personas muy hábiles a la hora de sustanciar el diálogo, ninguno de los interlocutores mencionó la *Mit brennender Sorge*, a la que en Alemania se diera lectura el 21 de marzo, aunque no había sido publicada, pero esta importante encíclica estaba presente en la conciencia de ambos. Franco, según el primado, le había dicho: «no consentiré en España tendencia alguna que se concrete en un sentido de racismo pagano, de forma hitleriana; cada país tiene su tradición y su historia y las nuestras son profundamente elaboradas por el catolicismo; no podemos apartarnos de la postura que ello nos impone». Y prometió que se ocuparía de que la radio moderase sus excesos verbales.⁴⁵

Es preciso tener esto en cuenta a la hora de enfrentarse con las negociaciones y la mediación vaticana.⁴⁶ Desde el 23 de enero de 1937, el padre J. Bivort de la Saudée, que actuaba, según parece, en nombre de la Nunciatura en París, entró en contacto con la Embajada italiana en aquella capital para sondear la posibilidad de que las negociaciones para intercambio de prisioneros que, como dijimos, se llevaban a través de la Cruz Roja, se ampliasen a una capitulación completa del Gobierno vasco. El delegado vasco en la capital de Francia, Izurrieta, había hecho consultas en la nunciatura con el mismo objeto. De hecho, antes del 11 de febrero de 1937, había habido un discreto contacto entre José María de Izaurieta, que figuraba en la Delegación del Gobierno vasco en París y monseñor Valeri, nuncio a la sazón. En realidad se pretendía que Cantaluppo obtuviera de Franco un compromiso acerca de las condiciones mínimas que estaba dispuesto a ofrecer a los vascos en una eventual capitulación.

En estos contactos, anteriores al comienzo de la ofensiva, se revelaban las contradicciones íntimas de los nacionalistas vascos. La Santa Sede no dejaba de manifestar su disgusto por lo que era «de hecho un crimen al ayudar a los rojos» pero también estaba convencida de que Franco y sus consejeros se mostraban excesivamente rígidos. De modo que tanto en los contactos de París como en otros que el jesuita P. Pereda y Antonio González, personalidad de gran relieve entre los católicos de Vizcaya, habían establecido con Julio Jáuregui se trataba ante todo de aclarar un punto: hasta dónde estarían dispuestas a llegar las autoridades de Burgos en sus concesiones. El escollo principal parece haber estado en la autonomía: tras haber conseguido del Gobierno de la República el Estatuto de Guernica, el lehendakari y los suyos querían que esto mismo les fuese reconocido por los nacionales; la meta era ésta. Entre los vascos había también el temor a fuertes represalias pues no ignoraban que el bando nacional los consideraba «traidores». Areilza añadió, en conversación con el consul italiano en San Sebastián, Francesco Cavalletti, que una seguridad ofrecida por una potencia exterior —ninguna mejor que Italia— podía resolver el nudo.

En realidad, como más adelante se comprobaría, el escollo verdadero era el más difícil de salvar: los militares españoles nada querían saber de autonomía; los nacionalistas vascos supeditaban la negociación a la conservación de ésta, al menos en cierto grado. En estas circunstancias el bombardeo de Guernica desempeñó un papel singular: fue presentado como ataque cruel y deliberado a los signos venerables de las libertades vascas. Los intermediarios se equivocaban cuando creían que serían suficientes las garantías a personas y bienes.

3. Obedeciendo las instrucciones que desde Roma se le enviaban, el cardenal Gomá se trasladó a Vitoria. El 6 de mayo de 1937, en una sala del hotel Frontón, que servía a Mola de cuartel general, reclamó de éste que fijara las condiciones que podían ofrecerse para una eventual capitulación. Mola accedió: si los nacionalistas capitulaban, antes de que se produjera el asalto a Bilbao —la orden no sería firmada hasta el 23 de mayo aunque ambos interlocutores no podían prever la fecha— él empeñaba su palabra de otorgar las seis condiciones siguientes:

1. «Las autoridades militares tendrán el máximo empeño en conservar intacta la ciudad»,
2. «Se darán facilidades para la salida de los dirigentes»,
3. «Se dará libertad absoluta a los soldados y milicianos que se entreguen con las armas, siempre que no hubieren sido desertores del Ejército nacional durante las operaciones»,
4. «Se someterá a los tribunales de justicia a los que sean reos de delitos contra el derecho de gentes, devastaciones y saqueos»,
5. «Se dará garantía plena de que las tropas no cometerán ningún exceso», y
6. «Se considerarán desertores los jefes del ejército contrario y se someterán a un tribunal que obrará con criterio benévolo».

Desde aquel mismo lugar Mola, en presencia de Gomá, telefoneó a Franco, el cual confirmó las cinco primeras condiciones, dulcificó la sexta y añadió otras dos más, ambas favorables a las aspiraciones vascas aunque, ni de lejos, las satisfacían. La condición número 6 quedó redactada así: «Respeto a las vidas y haciendas de los que se entreguen de buena voluntad, incluso a los jefes militares». Las nuevas fueron:

7. «En el orden político se concederá a Vizcaya la descentralización administrativa en forma análoga a otras regiones favorecidas», y
8. «En el orden social se ofrece una justicia progresiva dentro de las posibilidades de la economía nacional, según el espíritu de la encíclica *Rerum novarum*».⁴⁷

De modo que en aquel momento, 7 de mayo de 1937, Franco estaba dispuesto a conceder, a cambio de una entrada pacífica en Bilbao, única de las capitales vascas que no le reconocía, un concierto económico semejante al que poseían Álava y Navarra. Mantuvo este compromiso, en medio de las vicisitudes negociadoras a que nos referiremos, hasta el fin de mayo pues el día 31 Fidel Dávila hizo entrega a Gomá de un documento firmado en el que figuraban las ocho cláusulas antes transcritas; añadió de palabra, que el presidente Aguirre tendría que exiliarse aunque se le proporcionarían los medios necesarios para que abandonase España con seguridad.⁴⁸ Es indudable que Franco se mostraba más condescendiente que Mola y es natural que así fuese. Por múltiples razones la capitulación de Bilbao le convenía.

Las condiciones para la capitulación fueron transmitidas al Vaticano inmediatamente. El 8 de mayo, con toda probabilidad, un telegrama de la Secretaria de Esta-

do las comunicó a José Antonio Aguirre por la vía de París. El presidente vasco negó, reiteradamente, lo mismo que el P. Alberto Onaindia, que lo hubiera recibido.⁴⁹ Pero esta negativa, confirmada por el testimonio de Largo Caballero que asegura que recibió dos telegramas, el segundo del día 12 de mayo, y guardó secreto sobre ellos, no es óbice para que en nota del 10 de mayo reproducida en muchos periódicos de la zona republicana, el delegado del Gobierno vasco en Valencia rechazara enfáticamente la noticia de la intervención vaticana. El 12 de mayo dos periódicos de Bilbao, *Euzkadi Roja* y *El Liberal*, también decían que la noticia de la intervención vaticana era apócrifa. Así se construyó una versión «oficial»: la negativa a admitir la existencia de una gestión de Pacelli equivalía a un rechazo. Gomá trató de entrevistarse con el P. Alberto Onaindia en San Juan de Luz, aprovechando la estancia de este eclesiástico, pero cuando llegó a la villa francesa supo que, sin aguardarle, se había ausentado.⁵⁰ En definitiva, la negociación fue rechazada y el nacionalismo vasco ligó su suerte a la de los políticos de izquierda, lo que, probablemente, resultaría muy rentable para él cuarenta años después.

VI. GOMÁ Y PIZZARDO.

1. En mayo de 1937 se llegaba además a un curioso punto de coincidencia entre los intereses británicos y los de la Santa Sede en relación con la guerra de España. El 12 de este mes tuvo lugar la coronación en Londres de Jorge VI, que sustituía a su hermano Eduardo, que abdicó para casarse con la señora Simpson, aunque no faltaban rumores que daban otra versión distinta de escaso interés por las instituciones democráticas. Asistió como representante de la Santa Sede el cardenal Pizzardo. El Gobierno republicano envió a Julián Besteiro, que observaba desde el comienzo de la guerra una actitud distante porque la violencia desatada le producía profundo dolor. Azaña, en su calidad de Presidente, le encargó que sondease a Anthony Eden acerca de las posibilidades de una intervención británica para conseguir la liquidación de la guerra por vía de negociación.⁵¹ No se trataba de ninguna propuesta ni proyecto oficial sino sólo de un reflejo de las angustias que Azaña padecía, las cuales estaba volcando en su *Velada en Benicarló*, redactada precisamente en Barcelona durante estos meses.

El rumor se extendió: los servicios alemanes de información tuvieron noticia de que se iba a proponer desde Londres un armisticio. Faupel solicitó una entrevista con Franco que no se celebró hasta el 22 de mayo, un día antes de que Mola comunicase la orden para la ocupación de Bilbao.⁵² El Generalísimo le aseguró que la propuesta sería rechazada; él estaba convencido de que era una maniobra de Prieto para salvar una causa perdida, de la que se aprovechaban los ingleses que no querían perder las inversiones efectuadas en Vizcaya. Faupel aprovechó la ocasión para plantear el espinoso tema de la *Mit brennender Sorge*, pues le preocupaba el ascenso de vaticanistas en los órganos y medios de comunicación. Franco le tranquilizó: aunque se había admitido la suprema autoridad religiosa de Roma, no se tolerarían intromisiones en la política; por eso había pedido a Gomá que no mencionase la tan famosa encíclica, ni tampoco la respuesta alemana a la misma. En el curso de la conversación, Faupel percibió que Franco estaba molesto con el Vaticano, aunque no pudo averiguar la causa.⁵³

El cardenal Gomá, fracasado su intento de conversación con Onaindía, se encaminó a Lourdes, provisto siempre de las condiciones otorgadas en Vitoria, pues pensaba entrevistarse allí con el cardenal Pizzardo.⁵⁴ Paralelamente desde París, José Quiñones de León, que actuaba como agente oficioso de Franco, avisaba que, según informes confidenciales muy seguros, Inglaterra había comenzado a mover los hilos diplomáticos para lograr una paz negociada en España, sin vencedores ni vencidos, y que esperaba lograr el apoyo tanto de Italia como de Alemania, defraudadas por la marcha de las operaciones.⁵⁵

2. En Lourdes aguardaba a Gomá una profunda decepción. Pizzardo no era Pacelli. Representante clásico de la diplomacia vaticana, que busca salvar lo que es posible sin arriesgar demasiado, estaba influido por los católicos franceses y por aquellas corrientes que contemplaban con angustia el crecimiento de poder de Alemania e Italia. Una victoria de los nacionales era, en su opinión, plataforma para el nacional-socialismo y el fascismo. En Londres sus contactos habían sido con los funcionarios del Comité de No Intervención, adhiriéndose por tanto al plan de Eden de una paz negociada. De modo que no se habló, como el primado esperaba, de la salvación de los católicos vascos sino de un plan más general del que posteriormente habría constancia de que era apoyado por la Masonería. Se decretaría un alto al fuego y el Comité de No Intervención designaría un gobierno neutral encargado de organizar elecciones generales; en definitiva se trataba de salvar a la República. Resulta difícil creer que Franco y Largo Caballero estuviesen dispuestos a aceptarlo.

Es seguro que la entrevista entre Gomá y Pizzardo se desarrolló en un ambiente de gran tensión, siendo imposible que alcanzara resultados. Si alguna duda quedaba acerca de la precipitada fuga de Onaindía se disipó ante el alcance de aquellas propuestas. El arzobispo de Toledo se negó a tratar de ningún asunto que no fuera eclesiástico o relacionado con las instrucciones recibidas; negaba tener competencia para intervenir en asuntos políticos. Lo único que quería era que se le dijese: a) si la Santa Sede estaba decidida o no a otorgar el reconocimiento a Franco y la Junta Técnica que gobernaba desde Burgos; b) las leyes que debían ser inmediatamente suprimidas como contrarias a la Iglesia; y, c) cómo tratar el tema de los católicos vascos, lo que era urgente pues muy pronto se produciría la conquista de Bilbao por las tropas nacionales.⁵⁶

Desde Lourdes, Gomá regresó a Pamplona y desde su residencia habitual envió a Pizzardo un escrito que transparentaba la profunda irritación que la oficiosidad diplomática del representante vaticano le causaba. Concertar un armisticio en estos momentos —decía— no podía servir para otra cosa que para salvar a los rojos, que están condenados inexorablemente a la derrota, impedir la solución de los graves problemas pendientes y permitir el retorno a España de la corriente política enemiga de la Iglesia. Si la Santa Sede se empeñaba en seguir por esta vía cometería un gravísimo error: los católicos pensarían que el Papa les abandonaba en manos de sus enemigos. Pizzardo, por encargo del Comité de No Intervención, había pedido al cardenal de Toledo una lista de sacerdotes y religiosos que se hallaban todavía en zona roja a fin de ejercer sobre ellos la debida protección. Gomá se asombraba ante tamaña ingenuidad: nada deseaban tanto los rojos como conocer estos nombres y dónde estaban ocultos.⁵⁷

Pocas veces tendremos ocasión de ver al cardenal Gomá expresarse con tanta claridad. A finales de mayo, cuando se reunió en Ginebra el Consejo de Seguridad de la Sociedad de Naciones, donde el Gobierno de la República tenía asiento, pero ninguna audiencia o representación se había dado al de Burgos, la delegación británica tuvo que reconocer que el plan de paz carecía de posibilidades de éxito.⁵⁸

3. La visita de Dávila a Goma, el 31 de mayo, tuvo el significado de un punto final. Aquéllas eran todas las concesiones que podían hacerse y no habría ni una más. Por medio del Vaticano, Franco estimaba haber llegado al límite: equiparar a Vizcaya, si cesaba en la resistencia, con Álava y Navarra, las provincias fieles de la primera hora. Demasiado tarde. El Gobierno de Valencia había dado claramente a entender que conocía y repudiaba estas negociaciones: quería que se repitiese en Bilbao la defensa madrileña; sólo de este modo podía salvar Santander y lo que aún le quedaba de Asturias. Desde San Juan de Luz el P. Alberto Onaindía insistía también en sus exhortaciones a la resistencia. Los «nacionalistas vascos», que eran minoría de un tercio o poco menos de la población, se colocaron en actitud maximalista reclamando la autonomía plena. No corresponde a los historiadores emitir juicios sino solamente explicar. Los jefes militares en Vizcaya confiaban en la famosa cadena de fortificaciones conocida como «cinturón de hierro». Ignoraban que el Cuartel General de Salamanca, dueño de las confidencias de Goicoechea, había estudiado cuidadosamente el sistema y tenía señalada la brecha —«¡qué error, qué inmenso error!»— había exclamado Franco inclinado sobre las fotografías y los mapas— por donde las defensas iban a ser perforadas.⁵⁹

Infatigable, el cardenal Gomá, seguiría insistiendo cerca del Cuartel General tratando de arañar nuevas concesiones en favor de los católicos vascos, antes y después de la caída de Bilbao. Infatigable también trataba de convencer al Vaticano de que sólo con Franco podían contar y que no debían caer en el error de confundirle con los totalitarios europeos. Era muy difícil conseguir esto último ya que el tono de la prensa, los uniformes y ciertas actitudes deliberadamente proclives al fascismo, como la creación de la Orden Imperial de las Flechas Rojas,⁶⁰ parecían inducir a la confusión. De todas formas el prestigio del Generalísimo en el curso de las negociaciones que hemos mencionado, aumentó: Pacelli no tenía más remedio que reconocer que no era culpa suya que la propuesta naufragara; además Franco se había mostrado más abierto a concesiones que ninguno de los otros jefes de su bando.

El punto de vista del PNV tenía también su propia lógica: nunca renunciar al Estatuto de Guernica de 7 de octubre de 1936 pues esto sería confesar su ilegalidad. Las negociaciones resultaron imposibles. Aun suponiendo que Franco hubiera querido hacer alguna concesión en este sentido —hipótesis absurda ya que nunca pasó tal cosa por su imaginación— sus compañeros de armas no se lo hubieran consentido. La Santa Sede había llegado, por su parte, a una posición extrema: ya no tenía argumentos que oponer a la demanda que le hacían todos los obispos de enviar un nuncio a Burgos otorgando al nuevo régimen pleno reconocimiento. Pero esto nos obliga a replantear nuevamente la cuestión desde una fecha anterior.

Notas al Capítulo 24

¹ J. y R. Salas Larrazábal, *op. cit.*, pp. 463-464.

² Un testimonio de primera mano es de J. Nagore Yarnoz, *En la 1.ª de Navarra. Memorias de un voluntario navarro en Radio Requeté de Campaña*, Madrid, 1982, pp. 14-52.

³ M. Alonso Baquer, «La estrategia en la guerra de España», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 238-239.

⁴ J. Tusell y G. Queipo de Llano, *op. cit.*, pp. 17-18.

⁵ J. y R. Salas Larrazábal, *op. cit.*, pp. 456-457.

⁶ H. Thomas, *La guerra civil*, II, pp. 669-675, utiliza en esta ocasión documentación británica muy fehaciente.

⁷ Es un comentario directo de Runciman que era presidente de la Junta de Comercio el que recoge H. Thomas, p. 670, nota 16.

⁸ Hubo, en esto, significativos excesos, pues no faltaron eclesiásticos que, con argumentos que parecen extraídos de antiguas leyendas, presionaban sobre el nuevo Estado para lograr la extirpación total de seculares enemigos como el protestantismo, la masonería y el judaísmo. El P. Juan Tusquets fundaría en Burgos en 1937 una Editorial Antisectaria que difundió noticias, exageraciones y falsedades. J. A. Ferrer Benimeli, *op. cit.*, II, p. 149.

⁹ La trayectoria seguida por el beato José M.ª Escrivá de Balaguer puede servir de modelo a la de otros muchos. Obligado a abandonar su residencia en la calle Ferraz, pasó a casa de su madre el 21 de julio. A primeros de agosto se refugió en casa de un amigo. Se asiló luego en una clínica psiquiátrica (octubre de 1937); en marzo de 1937 se acogió a la delegación de Honduras hasta que, finalmente, por el camino de Valencia a Barcelona llegó al Pirineo que cruzó. Durante todo este tiempo, siempre que había oportunidad, ejercía sus funciones sacerdotales.

¹⁰ Está por escribir la historia de la resistencia interna de los católicos a la persecución desatada. Una tesis de J. L. Alfaya, *La diócesis de Madrid Alcalá (1936-1939)*, que deberá completarse, la ponencia de Antón M. Pazos, *La resistencia religiosa de la diócesis de Madrid-Alcalá durante la guerra civil española*, presentada al Décimo Encuentro de Historia Religiosa organizado en Fontevraud por la Universidad de Angers en 1986, y la importante obra personal de Kovasver, *Historia de la diócesis de Madrid-Alcalá (1913-1936)*, Madrid, 1967, es casi todo lo que tenemos, pero resulta de enorme importancia. También el libro de A. Manent y Seguímon y J. Raventós Guiral, *LEsglesia clandestina a Catalunya durant la Guerra Civil (1936-1939)*, Monserrat, 1984, empieza a mostrar el panorama de este importante problema de la reconstrucción interior de una Iglesia que de nuevo vivía oculta.

¹¹ Los textos tanto del discurso de Aguirre como de la réplica de Gomá en A. Granados, *op. cit.*, pp. 330-341.

¹² Ejemplares de la carta de Gomá fueron distribuidos clandestinamente en Bilbao. Las autoridades nacionalistas persiguieron a sus propietarios y distribuidores e iniciaron una campaña de calumnias contra el cardenal, muchas de las cuales se han venido repitiendo desde entonces (M.ª L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, pp. 192-202). Se ha presentado a Gomá como una especie de integrista, sometido a las influencias de don Pedro Segura, pero ambas afirmaciones son falsas. El cardenal tenía sólida formación teológica y era hombre de paz; por eso le había promovido la Santa Sede, que confiaba en él.

¹³ Juan de Iturralde (seudónimo), *El catolicismo y la cruzada de Franco*, II, Bayona, 1955, p. 228.

¹⁴ M.ª L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, p. 204-205.

¹⁵ J. F. Coverdale, *op. cit.*, p. 258, que se apoya para esta noticia en las memorias inéditas de Alberto Onaindía (El P. Olaso de las emisiones posteriores de Radio París) afirma que Mussolini hizo también el 26 de diciembre de 1936 una propuesta de mediación, garantizando a los vascos la conservación de su autonomía. Este dato no aparece confirmado por ninguna otra fuente aunque es probablemente cierto.

¹⁶ M.ª L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, pp. 207-209.

¹⁷ M.ª L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, pp. 212-213.

¹⁸ En las elecciones de 1933 y 1936 el Partido Nacionalista Vasco, en la primera vuelta,

la única que los «nacionales» reconocían como fiable, aparecía muy en segundo término tras los votos de la derecha. En Álava la mayoría derechista fue aplastante y ya hemos visto cómo se sumó al Alzamiento. Los tradicionalistas eran, además, en Navarra, primera fuerza. De modo que Franco podía argumentar que la mayoría vasca estaba con él, no con el PNV; éste se había impuesto gracias a su alianza con socialistas y comunistas. J. M.^a García Escudero, *op. cit.*, III, p. 1.471.

¹⁹ M.^a L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 214-215.

²⁰ La cuestión es muy compleja e importante. En la exposición que Franco hizo a Gomá se contenía el punto de vista de los miliares que, desde luego, no coincidía con el de los nacionalistas, que también informaban al Vaticano. J. P. Fusi, *Franco*, Madrid, 1985, explica cómo el rechazo por parte de la derecha triunfante al Estatuto primero de autonomía, llevó a los nacionalistas vascos ya en agosto de 1934 a un cambio radical de actitud abandonando muchas de sus posiciones iniciales, conservadoras y tradicionalistas, para unirse a las izquierdas. Había pues un convencimiento antiguo de que la derecha era el verdadero obstáculo para la autonomía. Así se generó entre los vascos un verdadero drama; para muchos de ellos la autonomía era negativa o indiferente, para otros tenía que ser supeditada a los principios de catolicismo y orden. Ya explicamos cómo la fracción alavesa rechazó la decisión del Euzkadi Buru Batzar de Bilbao. Ésta no se hizo efectiva hasta la noche del 18 de julio cuando Prieto pudo garantizar que el golpe militar había fracasado. Pero muchos nacionalistas, entre ellos, según ya explicamos, Luis Arana Goiri, rechazaron la idea de sumarse al Frente Popular. Los documentos que permitieron probar esta negociación no llegaron a manos de los militares hasta la ocupación de Bilbao, en cuyos archivos se encontraban. Sin embargo la versión que hemos apuntado en nuestro texto aparece ya en la carta de Gomá a Pacelli del 17 de mayo. La reacción de los «nacionales» en relación con el separatismo vasco no fue moderada, como se pedía: se consideró como traición contra la unidad de la patria la práctica independencia con que el Gobierno de Aguirre procedió. El separatismo fue problema no resuelto.

²¹ Publicado por I. Gomá, *Por Dios y por España*, Barcelona, 1940, pp. 89-127.

²² R. de La Cierva, *Franco*, p. 207.

²³ J. y R. Salas Larrazábal, *op. cit.*, pp. 465-466.

²⁴ La carta de Magaz a Pacelli publicada por A. Marquina, *op. cit.*, pp. 339-341.

²⁵ La carta fue publicada por R. de La Cierva en su primera ed. de *Francisco Franco*, I, p. 604.

²⁶ Despacho de Magaz de 11 de abril de 1937, pub. A. Marquina, *op. cit.*, pp. 342-344.

²⁷ El primer paso fue la creación de la Jefatura del Aire para Alfredo Kindelán. J. Salas Larrazábal, *Influencia de la aviación*, p. 375.

²⁸ M. Aznar, *Historia militar de la guerra de España*, Madrid, 1940, p. 391 y J. Salas Larrazábal, *La guerra de España desde el aire*, Barcelona, 1969, pp. 212-213.

²⁹ Á. Viñas, *Guerra...*, pp. 98-101. No es necesario insistir en la importancia que reviste este libro apoyado en documentación alemana.

³⁰ Á. Viñas, *Guerra...*, p. 103.

³¹ R. Cantaluppo, *op. cit.*, p. 230 y ss.

³² Á. Viñas, *Guerra...*, pp. 111-113.

³³ El cuadro fue siempre propiedad del Gobierno español ya que el de Burgos, al término de la guerra, se subrogó en todas las deudas del republicano y también en sus propiedades. Pero se alegaron razones políticas –pese a la reclamación que se hizo en 1969– para no reconocer esta propiedad hasta que desapareciese el Régimen de Franco y se restaurase la democracia. De modo que los aspectos políticos han acompañado siempre al famoso cuadro ahora depositado en el museo Reina Sofía.

³⁴ Cuatro estudios importantes se han publicado, fuera de propaganda circunstancial, sobre el tema de Guernica: Vicente Talón, *¡Arde Guernica!*, Madrid, 1970; Brian Crozier, *Apéndice a Franco, crepúsculo de un hombre*, Madrid, 1980; J. Salas Larrazábal, *Guernica, el bombardeo* (técnicamente el más exhaustivo), Madrid, 1981, y Á. Viñas, *La responsabilidad de la destrucción de Guernica* (incorporado a *Guerra...*, pp. 98-133), que aporta la documentación alemana inédita. De ellos pueden extraerse las conclusiones siguientes:

- a. La operación aérea tuvo preparación importante; las bombas empleadas, entre ellas algunas de 250 kilos, representaban el mismo tonelaje que se utilizó para lograr la ruptura del frente en Elgueta.
 - b. La orden para efectuar la operación fue dada en todo caso por los mandos de la Legión Cóndor y no por el Cuartel General, ni tampoco por el Estado Mayor de Mola. Richthofen reconoció que habló a las seis de la mañana de ese día con el general Vigón, pero que trataban del bombardeo de Guernica. Menos puede decirse que diera la orden Goering desde Berlín. El Cuartel General de Salamanca creyó que el bombardeo había tenido lugar el 27 y no el 26; pidió aclaraciones a los alemanes y éstos dijeron que ningún vuelo había tenido lugar el 27; de este modo se confirmó una negativa perniciosa.
 - c. De esta negativa partió el error de atribuir a los equipos de demolición del enemigo la destrucción de Guernica, falsedad que, más tarde, a pesar de haberse comprobado que lo era, ya no se rectificó por un equivocado criterio de prestigio militar. Franco, cuando finalmente tuvo noticia de lo sucedido, tuvo un acceso de cólera; llamó a su despacho al agregado militar, Hans von Funck, y le dijo que «bajo ninguna circunstancia consentiría una guerra total contra su propio pueblo» (dato confirmado por W. von Oven, *op. cit.*, p. 411). Sperrle no tardaría en ser relevado y, en adelante, se prohibieron operaciones independientes.
 - d. La precisión de los bombardeos aéreos era entonces muy escasa de modo que entra dentro de la lógica que el puente no fuese alcanzado —había muchos impactos en torno a él— y sí en cambio la villa. Pero esto desvirtúa también otro aspecto de la propaganda, el deliberado intento de acabar con el santuario de las libertades vascas, ya que fue precisamente esta zona la que quedó intacta. En setiembre de 1937 una comisión presidida por el ingeniero Estanislao Herrán elaboró un informe en que se recogían datos como los impactos en torno al puente, las destrucciones, el incendio de la villa por varios días y también la actuación de los piquetes de demolición, todo lo cual fue corroborado por sir Archibald James que visitó Guernica muy poco tiempo después de la destrucción. Sin embargo los «nacionales» archivaron el informe de Herrán que no fue conocido hasta 1973. No cabe duda de que la demolición de algunos edificios fue imprescindible para cortar el fuego.
 - e. El Ayuntamiento de Guernica y Luno tenía 4.164 habitantes; de ellos 400 mozos estaban en el frente movilizados y muchos otros, según testimonio nada sospecho de Alberto Onaindia, se habían refugiado en aldeas de las inmediaciones y también en Marquina y Durango. Hubo un testigo que afirmó haber visto la cruz gamada en los aviones, pero esto sólo revela la poca fe que debe atribuirse a los testimonios, ya que los aparatos de la Legión Cóndor usaban distintivos españoles y no alemanes.
 - f. Guernica y Durango era los objetivos militares inmediatos de las Brigadas de Navarra, en especial de la 1.^a en que militaban muchos vascos a las órdenes de García Valiño. La destrucción del puente era objetivo militar de primer orden; de haberse conseguido, muchas fuerzas en retirada habrían quedado cautivas en una bolsa. Estas fuerzas no estaban compuestas únicamente por batallones vascos pues había santanderinos y asturianos como hemos explicado. Estaba además el batallón Meabe que había tenido su puesto de mando en el Castillo Elejabetia, que era comunista.
 - g. El bombardeo no fue planeado en Burgos sino, por el contrario, ignorado aquí. No pudo durar tres horas y media ya que no tenían los aviones suficiente autonomía de vuelo para ello. A lo sumo, entre las dos pasadas, unos veinte minutos. Salas Larrazabal ha podido comprobar un número de víctimas en torno al centenar; puede admitirse un cierto grado de error pero, en todo caso, ésa es la cifra exacta.
 - h. Ricardo de La Cierva ha podido escribir: «nadie ha podido demostrar jamás la existencia de una orden de Franco para destruir Guernica porque tal orden no existió».
- ³⁵ Es la expresión utilizada por Luis María Olaso Junyent, jefe de la emisora de Radio Requeté que acompañaba a la 1.^a de Navarra, J. Nagore, *op. cit.*, p. 23.
- ³⁶ Muy significativo es el libro de Herbert R. Southworth, *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia*, París, 1977 (Ruedo Ibérico), en donde ya se pretende arrojar sobre Franco y sus colaboradores la exclusiva responsabilidad de lo ocurrido.

Para ello se acude a opiniones y noticias de prensa no para aclarar la verdad sino para, en el momento de la muerte de Franco, entenebrecer su memoria —un esfuerzo que por razones políticas se ha continuado— beneficiando la alternativa hacia el socialismo. Hoy es verdad «oficial» todo lo que la leyenda se propuso establecer, y algo más; que desde el bando nacional se dio la orden de destruir. Toda la leyenda prescinde de documentos y utiliza comentarios de periodistas que estuvieron siempre muy lejos de los sucesos.

De inmediato el «escándalo» Guernica consiguió el objetivo que los dirigentes del PNV buscaban, hacer fracasar la perspectiva de capitulación negociada; que esto favoreciese o perjudicase a la población vascongada es otra cuestión que los historiadores no pueden dilucidar pues se trata de un futuro. Otros efectos se lograron: *Time*, *Life* y *Newsweek*, grandes revistas americanas, se colocaron a favor del Frente Popular y el *New York Times* no volvió a referirse a las atrocidades madrileñas. El temor a los alemanes adquirió entonces dimensiones considerables. Instintivamente el mundo se acercaba a la reanudación de la guerra en Europa. Se multiplicaron las presiones sobre el Vaticano en especial desde Francia, dando la espalda a la persecución religiosa existente. Hubo otro detalle aún más curioso. La duquesa «roja» de Aton publicó un panfleto, *Searchlight on Spain*, en el que, apoyándose en el bombardeo, presentaba al clero vasco como víctima de persecución y afirmaba que las terribles frases de Pío XI en elogio de las «víctimas del odio contra Dios, verdaderamente satánico, de los republicanos» no se referían a éstos sino a los soldados de Franco. Hay libros de historiadores serios que aún emplean como fidedigno este panfleto (ver Sh. Ben Ami, *op. cit.*, pp. 47-49).

Se mezclaban así dos corrientes, política y religiosa, supeditándose la segunda a la primera. Que los católicos estuviesen siendo asesinados en España resultaba secundario; lo importante era que no triunfasen los amigos de los alemanes. En Francia se constituyó una Liga internacional de amigos de los vascos que presidía el obispo de Dax, el cual había estado en Bilbao y visitando a los presos derechistas encerrados en los barcos como rehenes; muchos de estos presos, entre ellos 47 sacerdotes, fueron después asesinados sin que el prelado pudiese hacer nada por evitarlo. En la liga entraron intelectuales católicos progresistas, Mauriac, Maritain, Marcel, Mounier y Merleau-Ponty. Redactaron un manifiesto protestando del bombardeo de Guernica, en el que incluyeron todos los infundios sin molestarse en averiguar la verdad. A ellos se sumó el arzobispo de París, monseñor Verdier, que, sin embargo, había aprobado la carta colectiva del episcopado español. No es cierto que Pacelli compartiera estas opiniones. J. M.^a García Escudero, *op. cit.*, III, pp. 1.455-1.459.

³⁷ A. Viñas, *Guerra...*, pp. 124-129.

³⁸ M.^a L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 273-275.

³⁹ Es muy importante el testimonio de Jaime del Burgo, *Conspiración*, p. 873, pues fue protagonista de algunos episodios imponentes de esta campaña.

⁴⁰ Despacho de Magaz, de 10 de mayo, incluyendo la nota de seguridad en *Documentos*, I, pp. 110-115. Ver también Marquina, *op. cit.*, pp. 344-346.

⁴¹ Despacho de Magaz de 13 de mayo. *Documentos*, I, pp. 115-117.

⁴² Despacho de Magaz de 21 de mayo. A. Marquina, *op. cit.*, pp. 348-350.

⁴³ Informe von Faupel de 5 de mayo de 1937. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 222-223.

⁴⁴ Despacho Faupel de 11 de mayo de 1937. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 225-227.

⁴⁵ M.^a L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 218-219.

⁴⁶ Esta cuestión ha sido minuciosamente tratada por Fernando de Meer, «La guerra civil en el País Vasco (1936-1937). Hechos y cuestiones de método: una aplicación», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 549-568. Incorpora también los trabajos de Payne (*El nacionalismo vasco de los orígenes a ETA*, Barcelona, 1974), Fusi («El País vasco durante la guerra», *El País*, pp. 145-160), Salas Larrazábal y La Granja (*La guerra civil en el país vasco 50 años después*, Bilbao, 1987).

⁴⁷ Doc. publicado por M.^a L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 440-442.

⁴⁸ La entrevista estudiada por M.^a L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, p. 222.

⁴⁹ La negativa fue formulada en 1940, al conocerse el artículo de J. Bivort de la Saudée en *La revue de deux mondes*, y sostenida después sin vacilación tanto por uno como por otro: (J. A. Aguirre, *Obras completas*, II, San Sebastián, 1981, p. 211, y A. Onaindía, *Hombres de paz*

en la guerra, Buenos Aires, 1973, p. 201). Esta negativa ha hecho que muchos historiadores hayan sostenido la hipótesis de que el telegrama, lo mismo que otro de 12 de mayo, fuera interceptado por el Gobierno de la República que no consintió su transmisión. Pero Fernando de Meer, loc. cit., p. 558-560, con buenos argumentos la deshace. No puede, sin embargo probarse de modo fehaciente que Aguirre y Onaindía mintiesen por completo: estaban enterados de las gestiones vaticanas aunque pueden haber ignorado algunos detalles concretos. Deliberadamente el presidente vasco tomó la decisión de resistir hasta el final.

⁵⁰ M.^a L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 218-219.

⁵¹ La noticia es proporcionada por el propio M. Azaña, *Obras Completas*, IV, p. 588.

⁵² La orden para la ruptura final fue comunicada por Mola a Franco el 23 de mayo. *Documentos*, I, pp. 118-120.

⁵³ Despacho Faupel de 23 de mayo. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 235-236.

⁵⁴ A. Marquina, *op. cit.*, pp. 62-63.

⁵⁵ La confidencia recogida por Quiñones de León, venía del despacho del ministro francés Delbós. Éste creía que Alemania no estaba en condiciones de soportar el esfuerzo necesario para dar la victoria a Franco y apoyaría la paz negociada. Despacho Quiñones de 27 de mayo, *Documentos*, I, pp. 120-122.

⁵⁶ Según el propio Gomá las leyes que debían ser urgentemente anuladas eran cinco: a) la de confesiones y congregaciones religiosas; b) el decreto de 1931 que exigía la aprobación del Gobierno para cualquier enajenación de bienes religiosos; c) la que disolvía la Compañía de Jesús; d) la ley de cementerios de 30 de enero de 1932; y e) la ley de matrimonio civil y divorcio de 1932. A. Granados, *op. cit.*, pp. 106-107.

⁵⁷ M.^a L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 165-169.

⁵⁸ El 24 de mayo Ciano comentó con el embajador norteamericano en Roma que el plan de Eden carecía de sentido: Franco iba a tomar Bilbao y con ello cambiaría la guerra. El 28 la Sociedad de Naciones aceptó una protesta presentada por Álvarez del Vayo contra Italia por su intervención. H. Thomas, *op. cit.*, II, p. 737. De este modo tomaba partido por el Gobierno republicano al que seguía considerando único legítimo. Litvinov, el representante soviético, apoyó calurosamente al español. En estas condiciones era absurdo esperar que Franco pudiera plegarse motu proprio a propuestas que vinieran de los organismos internacionales.

⁵⁹ B. Crozier, *op. cit.*, I, p. 360, formula la hipótesis de que en la decisión de resistir hasta el extremo influyó el fracaso italiano en el Sollube. Pero esta operación fue marginal y de no mucha importancia, debida sobre todo a escaso conocimiento del terreno.

⁶⁰ Desconozco en qué momento se tomó la decisión de crear este Orden que tanto recuerda a sus homólogas italianas. El oficio disponiendo los dibujos de emblemas y demás signos se firmó el 14 de octubre de 1937.

Notas al Capítulo 25

¹ A. Granados, *op. cit.*, p. 170. Este autor colaboró directamente con Gomá en el proyecto.

² M.^a L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, p. 235.

³ A. Granados, *op. cit.*, p. 171.

⁴ Barraquer que, como explicamos a su debido tiempo, se había mostrado decididamente en favor de una negociación con la República para evitar daños a la Iglesia, estaba considerado además como una de las figuras intelectuales más importantes de Cataluña. Era con Gomá, una especie de cumbre del episcopado español (M. Batllori y V. M. Arbeloa, *El archivo Vidal i Barraquer*, Barcelona, 1971, han publicado la ingente documentación del prelado). Al comenzar la Guerra Civil la Generalitat le recomendó que se retirara a Poblet ya que no podía garantizar en Barcelona suficientemente su seguridad. Fue detenido por milicianos de la FAI en este monasterio el 21 de julio de 1936. Salvó su vida en tan terribles momentos gracias a una extraordinaria dosis de serenidad y, desde luego, a la intervención personal de Luis Companys, presidente de la Generalitat. Llevado a la prisión de Montblanc el 23 de julio, Companys pudo sacarle de allí —no en cambio al obispo auxiliar que moriría asesinado, de